EL PADRE DEL CUCHILLO.

II Parte

Emilio Sola

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 15/05/2012
Número de páginas: 76
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

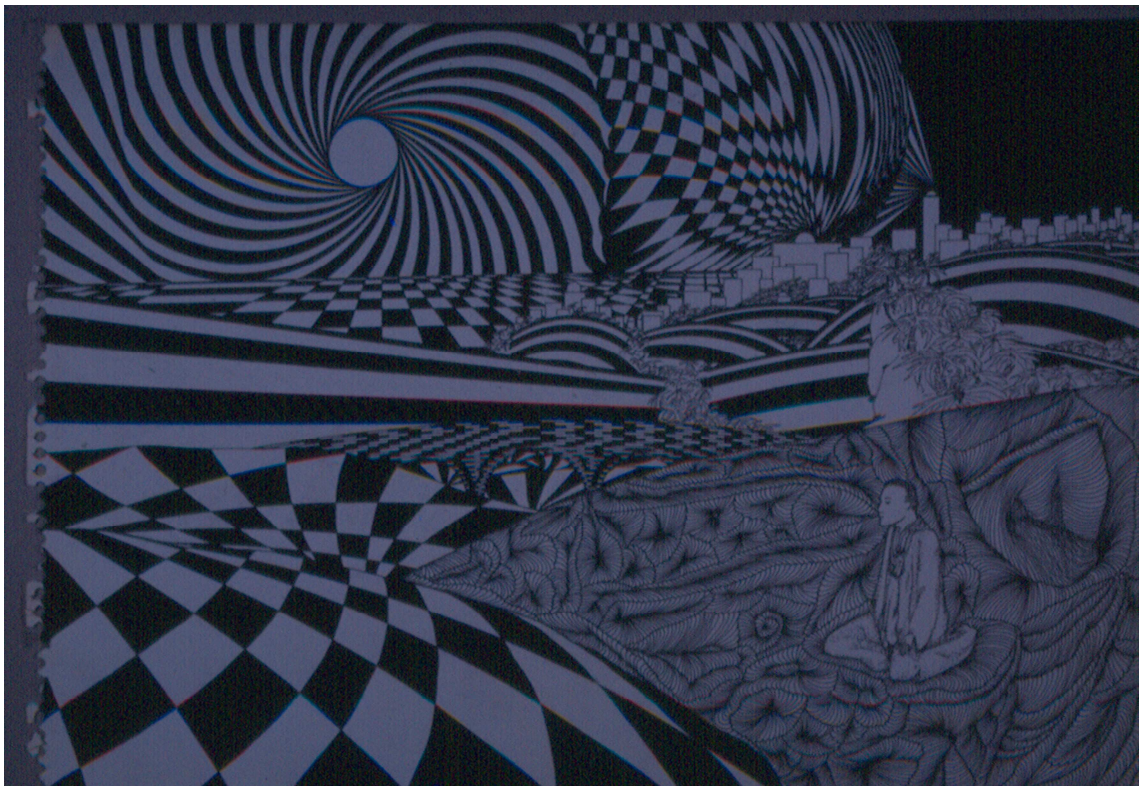
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

EL PADRE DEL CUCHILLO.

II Parte.



ANTÓN DOLORES MEDITA SOBRE LA TRINIDAD Y EL AMOR

Abruptamente debe comenzar este amanuense la segunda parte de la historia del padre del cuchillo con una descripción rápida, una breve evocación, mejor, de uno de los grupos de infeliz memoria en el paraíso de las islas; pero debe hacerlo así, a pesar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de que lo que le gusta a él es narrar historias "con futuro",
de las que luego serán recordadas como modélicas o de origen de algo,
y no historias de mezquindades y de situaciones o realidades
condenadas al olvido.

Porque todo este trabajo de amanuense no es más que una lucha
contra la pérdida de la memoria, la muerte. La inmortalidad
pudiera ser simple: la vida sigue y con la memoria de lo vivido.
Y esto le parece correcto a este amanuense incluso en lo personal.
Tal vez "alguien", en una "vida posterior", se recuerde a si mismo
-y esto le ayudará a construirse mejor- leyéndose, por ejemplo.
Creo que van por ahí estas recurrentes "interpolaciones" de amanuense
que se dan en casi todos los relatos de historias del paraíso de las islas.
Son pistas personales, paralelas a las "pistas" comprensibles para todos
que sin duda aparecen en cada relato.

Y quisiera recordar aquí, éste que escribe, aquellas palabras
de Antón Dolores al padre del cuchillo, de una de sus innumerables
visitas en el sur: "¡Cuántos años investigándome a mí mismo
para llegar a conoceros! -había dicho Antón Dolores-.
¡Cuántos años contemplándome a mí mismo desde fuera
y a mis cercanos para llegar a comprender el mundo de los hombres
y, con él, el mundo todo!".

El amanuense. Los amanuenses. Apasionante laberinto
el de los papeles de los amanuenses que este amanuense
está empeñado -con tantos otros- en desenmarañar o desentrañar.
Arduo, pero. Este trabajo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

1

Del malvado corsario Escandalera y del "contrato de esclavo"

Bartolillo Escandalera era un casi enano gordinflón, de rostro marcado, calvo, de enrevesado carácter caprichoso y, sobre todo, malo. Había nacido en un medio marinero, en una de las más hermosas islas ponentinas de este que llamamos paraíso -a cuya formación opuso siempre tozuda resistencia-, y, como por destino o lógica incuestionable, a la mar había dedicado desde joven su actividad. Era notable su ancestral o heredado espíritu corsario, tomado el término en su acepción más negativa de ruindad y maniobrería, inclinación a la doblez, al engaño y a la traición por sistema, en todo lugar y cualquiera que fuera el más cercano que había de sufrir su mala condición y mal hacer. A todos sorprendía -a todos los que habían soportado su proximidad física- que de tan hermosa isla hubiera surgido tamaño forajido.

Había heredado Escandalera una flotilla de bergantines, veleros que durante años habían hecho de él un próspero armador muy respetado en su isla; sobre todo mientras había sabido mantener los servicios de transportes de mercancías y viajeros entre las islas y las costas ponentinas, verdadera red de navegación de cabotaje muy apreciada por los comerciantes e industriales de aquellas riberas de la mar y de las más diminutas islas. Su ambición personal, sin embargo -y la amistad con otro singular personaje, Archibaldo de la Capra-, habían hecho que Bartolillo Escandalera se dedicara cada vez más a actividades que pudiéramos denominar circunstanciales o "políticas", al mismo tiempo que se iba desentendiendo de las rutas tradicionales por juzgarlas menos rentables a corto plazo y que fueron pasando, con las naves que las aseguraban, a manos de otros armadores de otras islas.

Poco a poco, pues, había ido vendiendo su antigua flotilla de veleros, remozados con motores discretos que no afeaban su bella estampa, y se había ido haciendo con otros barcos más modernos, ostentosos, de mayor capacidad y que dedicaba, con sus amplios salones alfombrados, a cruceros de lujo y reuniones y congresos en alta mar -puestos de moda por su nuevo socio Archibaldo de la Capra-, muy jaleados por la siempre al quite llamada prensa del corazón. El tandem de la Capra/Escandalera se había convertido en el anfitrión de las más selectas reuniones de una clase político-financiera que había manipulado a placer, durante años, diferentes regímenes políticos de los países ribereños ponentinos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Hasta la llegada de la gran crisis previa a la Gran Confederación
y a la Gran Guerra.

Muchos años después de la caída y muerte del rey Malek H. Ntani II,
por ejemplo, aún eran recordadas por algunos nostálgicos las fiestas anuales
que aquel monarca diera a bordo de los tres barcos mayores del armador Escandalera.

Aunque bastante reciente, todo aquello era el pasado.
Con los cambios políticos previos al montaje de la Gran Confederación Centro-Sur
-que tendremos que evocar más adelante en este relato-, todo aquel mundo
en el que Escandalera había intentado medrar se vino abajo. Y en su hundimiento
había arrastrado consigo la flotilla de barcos de lujo de la sociedad
Escandalera & de la Capra. Impuestos impagados y trampas financieras
de todo tipo habían dado al traste con más de la mitad de la flotilla del armador;
él mismo, con su socio y con los colaboradores más cercanos,
se habían visto obligados a ponerse al frente de las naves que consiguieron
salvar del desastre. En el tiempo de este relato, eso estaba sucediendo
de manera paralela a la caída del rey Malek H. Ntani II. En el tiempo
del paraíso de las islas, sucedía en torno
al año veinte antes de la Gran Guerra y muerte de Juan Bravo.

Hombre de confianza del Escandalera, y colaborador más cercano,
era el hasta casi entonces gran "trepador" Archibaldo de la Capra.
Originario de otra isla diminuta y más o menos cercana, la hermosa Lampedusa,
se había afincado en un lugar de la costa meridional española
en donde había logrado un matrimonio ventajoso y una nada desdeñable herencia
a la muerte de sus suegros; ésta la había invertido en una dudosa carrera política
que le deparó crecidos beneficios económicos personales, hasta la muerte
del líder que propiciara sus éxitos públicos, un par de años antes
de la muerte del malrecordado rey Malek, buen amigo suyo.
Desde el momento de su auge político había iniciado numerosas
aventuras financieras, la última de las cuales sería la evocada
con su socio el armador. Uno de aquellos grandes negocios
-del que fue apartado cuando perdió pie políticamente, pero negocio
del que fuera principal promotor- fue el que giraba en torno al eslogan
"Imagínese lo que puede ser jubilarse millonario", con el que había conseguido
captar para una serie de cadenas de bancos privados cuantiosos recursos
de gentes preocupadas por su después. Realmente, en aquel tiempo,
se había llegado a una verdadera revolución cuando el hombre, los grupos,
habían conseguido multiplicar por mucho el uso del dinero; pero la pobreza
del análisis social había hecho que aquella revolución agilizadora
se convirtiera en pura retórica especulativa...

En fin. Este amanuense pide disculpas. Era otro el destino de su texto:
presentar a Archibaldo de la Capra. Y era éste un hombre de noble presencia,
alto, elegante, de rostro agraciado, cabello ondulado y pulcro,
hermosa mirada clara, fácil palabra y pluma, toda una serie de condiciones
facilitadoras del éxito en aquella antigua sociedad. Habilidad
de Bartolillo Escandalera fue, sin duda, captar a semejante socio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Un verdadero fichaje.

Otro gran colaborador del Escandalera -si así se pudiera decir, pues no se puede saber con certeza quién era colaborador de quién- era otro político, en un tiempo muy atrás también prestigioso político, el ya anciano Jiménez del Cisne. En el tiempo de su juventud y primera madurez, Jiménez del Cisne había sido un apasionado luchador en defensa de la conservación de los altos valores tradicionales de la sociedad; los lemas "familia, propiedad y policía", "orden, propiedad y religión", con otros similares, habían sido glosados con profusión en un sinnúmero de discursos del joven Cisne, y habían sido muy famosos durante años. Grupos como "los defensores de la moral wikinga" y "los guerrilleros de Dios", habían llegado a organizarse inspirados por las ardientes palabras del joven Jiménez del Cisne. Aún hace pocos años, recuerda este amanuense de su juventud, era operativa la denominada "banda de Mortadelo y Filemón", uno de los últimos grupos residuales de aquella floración antigua, mesiánica y violenta; su actividad duró hasta los años posteriores a la Gran Confederación y la Gran Guerra, aunque en los últimos años eran únicamente viejísimos luchadores los que la integraban.

En fin, Jiménez del Cisne, en el tiempo de su asociación peculiar con Escandalera y de la Capra, era un anciano, aunque animoso y ágil, de cuerpo flaco y sarmentoso, rotundo perfil ganchudo y mirada brillante y decidida; la línea dura de sus labios finos y prietos le imprimía un carácter tal que resultaba difícil de olvidar para alguien que le hubiera tenido enfrente. Sobre todo si ese alguien se había tenido que enfrentar al viejo luchador.

Fue tras la caída del rey Malek H. Ntani II cuando Jiménez del Cisne se decidió a lanzarse de nuevo a la acción, a raíz de un telefonazo de sus conocidos Bartolillo Escandalera y Archibaldo de la Capra.

--No me interesan vuestros negocios, Bartolillo -le había dicho Cisne a Escandalera en aquella conversación telefónica-. Pero la miserable muerte de ese rey me produjo escalofríos. Es insufrible una impertinencia semejante contra el más sacro-santo de los poderes: el poder real. El orden está en peligro. Contad de la Capra y Usted con mi colaboración directa para frenar el avance de los descarados iconoclastas.

Y Jiménez del Cisne, a pesar de su edad avanzada, se había echado a la mar en uno de los barcos de la flota del Escandalera, precisamente el más veloz y el mejor pertrechado y aviado. Los otros dos socios le preparaban "viajes especiales", como ellos decían, en los que al lado de la razón económica –transportes diversos, correos privados, contrabando de lujo o armas, esclavos de los llamados voluntarios...- siempre había alguna otra misión de cruzada que pudiera satisfacer a la mente del ardiente Cisne; éste, siempre receptivo y ansioso de marcha, se dejaba convencer con facilidad. Y se sentía feliz, sonriente en la proa de su nave rápida, como en éxtasis, su mente calenturienta

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

a más velocidad que el propio barco, tal en avión o en veloz nave espacial.

La particular empresa de aquel trío particular pronto alcanzaría, sin que ellos lo pretendieran, a los grupos que comenzaban a articularse en torno a Lauari Bujudmi, y en varios frentes a la vez.

Nada más regresar a la ciudad de los vientos después de su última entrevista con el capitán Mengano y con Halimo en Nápoles, Lauari Bujudmi había sentido la necesidad de embarcarse. Pero de embarcarse en una nave de alguien que no le conociera, en la que pudiera sentirse completamente libre de atenciones particulares o a salvo de un trato especial y diferente. Esta simple cuestión era difícil en el puerto de su ciudad, sin embargo, y Lauari Bujudmi decidió viajar a otra en la que no tuviera conocidos. Así fue como aquel verano, en la ciudad de Palma, de la isla mayor balear, Mallorca, entró en contacto con Bartolillo Escandalera y se le ofreció como marinero. Su juventud y la pobre indumentaria que había elegido para iniciar la nueva experiencia marinera, debieron confundir al patrón corsario; con una sonrisa que quería bonachona, éste le ofreció, de entrada, lo que por entonces estaba muy en boga y que llamaban "contrato de esclavitud".

Decía el contrato: "Por el presente, yo ----------, paso a considerarme esclavo del señor ----------, me someto a su voluntad, paso a su entera disposición con la única contrapartida de que me dé de comer y dormir, así como de que ningún mal físico, nada que duela, en fin, pueda ya no hacerme, sino meramente desearme". Más abajo, entre paréntesis, añadía: "En el caso de que este contrato no sea de por vida, especifíquese la duración del mismo pactada entre las partes". En el reverso también figuraba una nota: "El amo que haya aceptado a un esclavo podrá deshacerse de él cuando lo desee, así como venderlo a un tercero con su consentimiento. El que se ha ofrecido como esclavo sólo podrá dejar de serlo al finalizar la duración del contrato, en el caso de que sea temporal, o pasando al servicio de otro amo en el caso de que sea de por vida. Sólo en el caso de que ese amo nuevo tenga prevista su liberación en la semana siguiente a aceptarlo como esclavo, el amo antiguo no tendrá derecho a ninguna compensación por la pérdida de su antiguo esclavo, o una compensación mínima".

> A este amanuense se le ocurre que la misma extrañeza que le causó a él esta figura jurídica, en la actualidad tan rara, si no desaparecida, puede causársela también a cualquiera de sus posibles lectores del paraíso de las islas. Por ello, investigó algo y llegó a conclusiones, aunque generales y simples, claras. Desde Yanquilandia, en donde se había comenzado a utilizar, no sin reticencias al principio, en unos momentos de crisis económica atroz y espeluznantes niveles de paro, casi masivo, la fórmula del "contrato de esclavitud voluntaria", como se denominó, se había generalizado por toda la Federación Oeste y hasta en la Unión ex-Roja, aunque aquí con el eufemístico nombre

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de "contrato de adopción familiar con contrapartida de trabajo".
Multitud de desesperados hambrientos se habían acogido
a este tipo de contrato en aquellas sociedades desiguales
y, aunque había dado lugar a no pocos abusos, mal que bien
aquellos tipos de contrato cumplieron una no desdeñable función
durante muchos decenios. La gente prefería el "contrato de obrero" simple,
pero en momentos de crisis este contrato se hacía raro
y el de esclavo era el único sustitutorio tipificado jurídicamente.

Lauari Bujudmi reaccionó con prontitud ante la oferta
del sonriente Bartolillo Escandalera. Estaban los dos sentados
en el camarote del capitán del buque,
a ambos lados de una recia mesa de madera noble.

--Prefiero el contrato de obrero, señor. No tenía intención
de ofrecerme como esclavo...

--¡Llámame Bartolillo sin más, hijo! -le atajó rápido el otro,
sin dejar de sonreír-. Con los tiempos que corren, es el único contrato
que te puedo ofrecer ahora... Pero si saliera con bien la operación
que tengo entre manos, en la que están comprometidos tres reinos limítrofes
orientales, podría ofrecerte un nuevo contrato más a tu gusto...,
aunque ventajoso para ambos, como debe ser.

Instintivamente, a Lauari Bujudmi le desagradó el tono melifluo
que usaba el Escandalera, en un intento burdo de hacerse agradar
y ser convincente. Procuró que no se le manifestara en el rostro el desagrado.
El corsario se levantó y bordeó la mesa hasta quedar en pie al lado de Lauari,
mientras seguía con su discurso; y una de sus manitas gordezuelas,
adornada con un aparatoso anillo con brillante engarzado, en el dedo índice,
la llegó a hacer descansar unos segundos en el hombro del aspirante a marino.

--Casi todas las tripulaciones de mis barcos están ligadas conmigo
por este contrato. Puedo asegurarte, hijo mío –y Bartolillo acercaba
su rostro rubicundo y marcado al de su oyente, el dedo índice ensortijado
enhiesto como para reñir o adoctrinar a un niño-, puedo asegurarte
que a todos los trato con el mismo cariño y amor que a mis familiares
más cercanos. ¡Qué digo! Con más mimo, si cabe, pues mi contacto
con la marinería es mayor que con mi familia de sangre. Por eso, hijito
-y fue aquí cuando posó su mano en el hombro del Bujudmi-,
te recomiendo que no tengas ningún reparo en firmar este contrato conmigo.
Es sólo por guardar las apariencias, ¿comprendes? Los controles
son muy rigurosos para nosotros, los patrones de banderas libres, como sabrás.
¡Hasta les llaman barcos corsarios a nuestras naves! -Bartolillo gesticulaba ahora,
sus brazos al cielo, primero, y luego caídos en gesto de desaliento-.
No tienen ni un punto así de sensibilidad para nuestro trabajo duro,
con el que a tantas bocas tenemos que alimentar. ¡Ingratitud, hijo mío!
Ingratitud, es el signo de nuestros tiempos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Lauari Bujudmi intentó interrumpir el discurso de Escandalera.

--Señor, ya le digo...

--¡No me llames señor, por favor! Parece mentira que no tengas confianza para llamarme simplemente Bartolillo, o Tomeu, si prefieres, hijo -el marino adoptó ahora postura arrogante, las manos a la espalda, la prominente panza alta, y paseó el camarote con pasos ceremoniosos-. Una vez te decidas a firmar el contrato y pases a engrosar nuestra gran familia marinera, podrás acercarte por tesorería para que te asignen una cantidad de dinero, aunque módica, por los tiempos difíciles que corren, suficiente en sí, para que puedas adquirir algunas prendas de vestido u objetos personales que pudieras precisar para nuestra próxima travesía. Creo que nos sentiremos todos muy felices aquí al tenerte entre nosotros, hijo. A propósito, ¿cual me habías dicho que era tu nombre?

--Bujudmi, Lauari Bujudmi.

--¡Ah, muy bien! ¡Excelente! Un poco dificilillo de pronunciar para mí, que soy algo torpe de oído... –el Escandalera había vuelto a su silla frente a Lauari, al otro lado de la mesa, y parecía querer escribir-. Pero no importa: te llamaré simplemente hijo, que es más bonito y delicado. Si lo deseas, podemos rellenar ya el documento de tu contrato. Tú mismo podías escribir aquí tu sonoro y algo complicado nombre, hijo, y el resto nos lo puede rellenar el escribano abogado de la nave. Porque aquí procuramos estar bien preparados para todo, con tantos días en la mar y en países extraños -Escandalera, sonriente y encantador, había centrado el folio del contrato frente a Lauari y le tendía obsequioso una hermosa estilográfica de capuchón dorado-. Puedes estampar tu firma aquí, hijo, y poner con letra clara, con mayúsculas capitales mejor, tu nombre completo aquí, ¿ves?

Lauari no parecía decidido a firmar aquel documento. Había prestado atención al discurso sin demasiado entusiasmo, había tomado la estilográfica que le tendiera el otro y la había dejado sin más al lado del papel, pero no había hecho ningún gesto que mostrara intención de firmar. Al fin, Escandalera ya algo inquieto, habló Bujudmi.

--Mire Usted, señor Escandalera, o Bartolillo, si así lo prefiere. Le he dicho que quiero trabajar de marino, no que quiera firmar un contrato de esclavo.

El corsario abrió mucho los ojos, como si no pudiera creerse lo que oía. Sus gestos se volvieron más bruscos.

--Es que toda mi marinería tiene un contrato así; no voy a hacer una excepción contigo.

--En ese caso, me buscaré otro barco.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Lauari se puso en pie. El otro le miraba, sentado aún, con cara bobalicona de incredulidad. La cicatriz que le marcaba la mejilla pareció encendérsele en unos segundos.

--¡Pero, bueno! ¡Cómo te atreves..., como te llames, cómo te atreves a rechazar una oportunidad así de embarcarte! En tierra, todo serán calamidades y hambre para ti. En el mar, con nuestra nave, todo será diferente: aire puro, trabajo saludable, camaradería, seguridad de puchero caliente. Piénsalo bien, hijo.

El tono se iba endulzando de nuevo. Lauari no lo pudo soportar. Lo de "hijo", otra vez, colmó su paciencia. Le entraron prisas por irse.

--¡No me interesa! Con ese contrato, no me interesa.

Iba a despedirse ya cuando, tras un leve toque en la puerta, entró uno de los socios del corsario; luego supo que se llamaba Archibaldo de la Capra. Bartolillo Escandalera se levantó y se fue hacia él.

--¡Oh, Archibaldo! Estoy desolado. Este mozo no quiere firmar contrato con nosotros.

De la Capra recorrió con la mirada, de pies a cabeza, el cuerpo de Lauari.

--Es una pena. Parece sano y fuerte.

--Ayúdame a convencerle, Archibaldo. Ya sabes que necesitamos más marineros para el próximo viaje.

De la Capra, mucho más alto que su socio, elegante en el vestido y peinado con primor, se dirigió a Lauari algo impaciente.

--¿Qué problema tiene Usted, buen mozo?

--Ninguno, señor. Sólo que no quiero firmar ese contrato con ustedes.

--¡Si es una pura formalidad!

--Aunque así fuese. No me va.

De la Capra escudriñó con los ojillos claros e inteligentes al Bujudmi, Escandalera a su lado con gesto adusto de ceño fruncido, las manos a la espalda.

--¿No le ha contado Usted, Tomeu, el asunto tan importante que tenemos entre manos?

--Algo le dije, sí.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Es un asunto delicado y para el que necesitamos una numerosa tripulación fuerte y sana. Si todo saliera bien, ustedes tendrían la correspondiente compensación económica generosa.

--No es necesario que se esfuerce, señor...

--Archibaldo de la Capra.

--Creo que no me interesa.

--Pero fíjese Usted, joven, que se trata nada menos que de intentar facilitar la unión de tres reinos orientales en una única corona.

De la Capra parecía que iba a ser prolijo, pero Lauari, al escuchar el inicio del relato, sin duda en su mente la recién vivida aventura en el país de Yamel el Inflexible, mostró más interés.
Esto agradó a Archibaldo de la Capra.
Escandalera había tomado asiento de nuevo.

--El plan ha sido un prodigio de habilidad y diseño político. Un verdadero encaje de bolillos. Fíjese, muchacho, que en esos tres reinos vecinos reinan un rey, en el más oriental, y dos reinas, en el más septentrional y en el más occidental, respectivamente. Pues bien: deseosos de llegar a una unión por vía dinástica habían convocado un concurso público de ideas, primero, y de puesta en práctica del proyecto después. Entre mi socio y yo, con la ayuda inestimable de nuestro nuevo asociado Jiménez del Cisne, los hemos ganado. Esta misma mañana nos llegó la comunicación y debemos zarpar cuanto antes. Es un asunto de altos vuelos y del que es razonable esperar extraordinarias compensaciones de todo tipo, también pecuniarias.

--Pasta, hijo mío, pasta abundante, ¿comprendes? -se dignó intervenir el Escandalera, aunque no por ello rompiera su figura rotunda de manos cruzadas sobre la panza prominente.

Lauari parecía interesarse y eso agradaba a los dos socios.
Tras un breve silencio, preguntó.

--¿Y cual es ese plan, señor Archibaldo, si no es un secreto?

--¡Nada de secreto! Ya ha salido publicado en los países respectivos y, pronto, toda la prensa mundial, sobre todo la prensa seria especializada en alta política, y creo que también la del corazón por su alcance sentimental, se hará eco de tan magno proyecto. Este es, sin embargo, de nítido perfil. Encantador en su sencillez -de la Capra adoptó aire grave e importante-. Con las nuevas técnicas modernas de fecundación in vitro, o artificial, grosso modo, se puede llegar a provocar un parto en el que los tres monarcas de los tres reinos orientales puedan intervenir. El niño o niña nacido, aunque también sería posible elegir el sexo del bebé, sería el heredero único

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de los territorios de las tres coronas. Está perfectamente acordada la fórmula con las tradiciones monárquicas más antiguas; de ahí que entusiasmara al notable Jiménez del Cisne, una verdadera garantía de la legitimidad de nuestra empresa.

Lauari Bujudmi se mostró aún más interesado. Perplejo, pero muy interesado. Preguntó de nuevo.

--¿Están de acuerdo el rey y las dos reinas con el plan?

--¡Encantados! ¡Están interesadísimos! -no pudo contenerse, e intervenir, Bartolillo Escandalera-. Sobre todo después de lo que le pasó al desdichado rey Malek, que en paz descanse, ¿verdad Archibaldo?

--Así es. Pero no viene a cuento el por qué estén tan interesados, Bartolillo -Archibaldo se dirigió de nuevo a Bujudmi-. El rey del reino oriental no tiene ningún inconveniente en prestar su semen y que elijan un espermatozoide, preferentemente macho, para su gusto, con el que fecundar a las reinas. Las reinas del reino septentrional y del meridional también están de acuerdo en prestar sus óvulos para la experiencia; pero en lo que no están de acuerdo es en qué ovario debe introducirse el óvulo fecundado. Ese es el problema mayor puesto que la reina del reino septentrional piensa que no soportaría el embarazo y los dolores del parto y quiere que sea la reina del reino meridional quien preste su ovario. Ésta, aunque dice que no tiene inconveniente pues no le teme al parto, quiere que ello tenga repercusiones protocolarias; que sea ella la que, con el futuro heredero, cumpla las funciones de reina madre y así se manifieste en los futuros actos y ceremonias oficiales.

A Lauari se le desmandó una sonrisa y el de la Capra, sin duda juzgándola de benévola comprensión, sonrió a su vez.

--Ya ves, muchacho, cómo un mínimo problema de protocolo, aunque sin restar importancia a tan necesarias reglas y reglamentos, puede llegar a ofuscar las mentes y a entorpecer el desarrollo de un magno plan de alta política... No es importante el desacuerdo, sin embargo. Los tres monarcas pasan una significativa, y más por lo no larga, época del año aquí cerca, en la costa meridional francesa y en Mónaco. Es muy fácil, por ello, llevar a bien la primera fase de reuniones y acuerdos, la etapa de decisión de cuál ha de ser el ovario regio elegido... Hacia Mónaco debemos salir de inmediato, muchacho. Tenemos prisa por contratar una marinería adecuada. Se nos ha insistido, además, en que esta marinería sea de lo más vistosa posible, de ahí la importancia de la juventud y buena presencia física de los elegidos. Cada uno de nuestros tres barcos mayores ha sido contratado para cada uno de los jefes de estado para sus necesidades, y aguardamos sustanciales presupuestos para nuestro quehacer.

Al llegar al final del discurso de Archibaldo de la Capra, Lauari Bujudmi se notó en un mar de borrascosa incertidumbre. Perplejo, una vez más,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

ante la historia que le narrara el corsario, vacilaba entre lo peregrino del plan, que le atraía, curioso ante su posible desarrollo, y la repulsión que le transmitía tanto el "contrato de esclavo" como sus interlocutores, Escandalera en particular. Esa indecisión se plasmó en sus palabras.

--Ahora comprendo, señores, las prisas porque me enrolara pronto en la tripulación de sus naves. Pero necesito un tiempo para reflexionar, aunque sea sólo unas horas.

Archibaldo se encogió de hombros y, amable, le tendió la mano.

--De acuerdo, muchacho. Confío en que se decida; la empresa no le desencantará, sino todo lo contrario. Aunque sea por tiempo corto, creo que le interesa firmar el contrato. Una vez en Mónaco, cuando podamos hacer cálculos de coste más ajustados, podríamos hablar de nuevo de haberes y hasta de otro tipo de contrato.

Lauari Bujudmi salió de nuevo a cubierta y descendió a los muelles. El aire marino y el sol en su orto parecieron hacerle razonar con mayor sosiego. Se sintió mejor. Recorrió varias tabernas, charló largamente con muchos hombres de mar, algunos de la tripulación de los barcos del Escandalera, procuró informarse bien y decidió que, a pesar de lo interesante de la experiencia, no se enrolaría en aquella nueva aventura. Más aún, comenzó a dudar de que lo suyo fuera aquel tipo de aventuras, comenzó a considerar si no tendría más sentido consagrarse a otras actividades. A rescatar chavalería sometida a aquellos contratos de esclavo que tanto le repugnaran en lo íntimo, por ejemplo.

Se vio confirmado en este sentir cuando, al final de la tarde, pasó de nuevo por la nave del corsario Escandalera. Más de media docena de chavales, algunos demasiado jóvenes, esperaban a la puerta del camarote del oficial para firmar contrato con el armador. La figura rechoncha de un Bartolillo contento, firme junto a la mesa en la que un futuro marinero garabateaba su firma al pie del papel cuyo contenido Bujudmi conocía, las manos a la espalda, la prominente panza alta, le produjo malestar. No creyó que fuera necesario esperar para comunicarle a aquel individuo su decisión final de no enrolarse en la expedición; ni siquiera por cortesía era necesario.

Bajó de nuevo a los muelles y, como por la mañana, se sintió mejor. El sol brillaba aún, pero muy bajo, a punto de ponerse, muy cerca de la línea horizontal del mar, su camino dorado... Pensó en la gente de la ciudad de los vientos, en un proyecto de casa grande que pudiera ser lugar de encuentros, vagamente planeada por su prima -en realidad sobrina- Fatema Bujudmi, y decidió que el montaje de aquella casa bien podría ser un tiempo de balance, reflexión y puesta a punto para un después que sentía necesidad de tener perfilado. Se acercaba el inicio de la primavera. Se le ocurrió que debía dedicar un año completo de su vida, precisamente ese,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

a familiarizarse con el padre sol. No supo bien por qué, pero supo,
una vez más. Construiría una casa dedicada al sol.

2

Encuentro de Antón Dolores y Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, en la recién terminada casa del reloj de sol, con la llegada a dicha casa de Antonio SNP y Prófugo Tito, componentes de una banda jivi

El encuentro con Antón Dolores había de ser, sin embargo,
el gran acontecimiento de aquel año para Lauari Bujudmi,
gran acontecimiento en definitiva para el futuro paraíso de las islas.

Llegaba Antón Dolores al aeropuerto de la ciudad de los vientos,
su pelo rojizo, del color del cabello alheñado, pero natural,
unas gafas de negro impenetrable los cristales, con cartas
del capitán Mengano para Lauari Bujudmi. Allí, en el aeropuerto,
éste le esperaba. Pasados los controles reglamentarios con la facilidad
que daban la ligereza de equipaje y los pocos pasajeros que viajaban en aquel vuelo,
el aún joven Antón se encontró frente a frente con el más joven aún Bujudmi
que le observaba con curiosidad.

--¿Señor Dolores?

--El mismo. Supongo que Usted será el padre del cuchillo.

Lauari no reaccionó ante la extraña manera de decir su nombre
y no supo responder. Tras unos segundos de indecisión, habló.

--Me llamo Lauari Bujudmi, y he recibido del capitán Mengano noticias...

Antón le interrumpió, sonriente, mientras se quitaba las gafas
y dejaba observar sus ojos negros al perplejo chaval que le esperaba.

--Justamente, Lauari. El padre del cuchillo
es una posible traducción a mi lengua de su hermoso nombre familiar.

Se estrecharon la mano con calor, luego Lauari recordaría
que en emocionante clímax afectivo de emisiones-recepción sedante.
Lauari Bujudmi, "el padre del cuchillo" para aquel extranjero,
condujo a Antón a su casa, la casa del reloj de sol recién abierta.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Durante todo el trayecto recorrido entre el aeropuerto y la casa del reloj de sol,
en la villa nueva de la ciudad de los vientos, apenas intercambiaron
algunas palabras sobre el buen tiempo en aquella primavera,
sobre la salud del capitán Francesco Mengano, excelente,
y sobre la gran nube de arena que tamizaba, dorándola, la fuerte luz solar
del mediodía. "Fascinante, esta atmósfera amarilla",
había musitado Antón Dolores, como para sí, su perfil aguileño recortándose
sobre el cristal moteado de polvo dorado de la ventanilla del automóvil.

--No es frecuente el viento del sur en estas fechas, pero parece
como si hubiera querido el Sahara estar presente para darle la bienvenida
-le comentó Lauari Bujudmi al recién llegado, cortés.

--Os agradezco, al Sahara y a ti, vuestra presencia
-respondió el viajero con toda seriedad.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta llegar a la casa, en la villa nueva
de la ciudad de los vientos. Antón Dolores, las gafas negras y traje holgado blanco,
y Lauari Bujudmi, con cómoda chilaba o almolafa blanca, dejaron el taxi
a la entrada de la callejuela peatonal, escalonada en algunos tramos,
adonde daba la discreta puertecilla de acceso a la nueva morada
del padre del cuchillo.

Era aquella la casa del reloj de sol: un gran salón rectangular
con puerta y tres ventanas, con patio igualmente rectangular e igualmente
comunicado con el interior por una puerta y tres ventanas,
y del que una escalera de azulejos de hermosa trama geométrica tricolor
permitía el ascenso a la terraza. En el más largo de los tres altos muros, medianeros
con las casas vecinas, había mandado calcular el Bujudmi un curioso
reloj de sol de cuatro palos, uno por cada estación, al que le había dedicado
su primer año completo, año bisiesto, de estancia en la ciudad.
Aquel año bisiesto, primero suyo en la ciudad tras la entrevista en Nápoles
con el capitán Mengano y la entrevista en Palma con los corsarios
Escandalera y de la Capra, había sido para el Bujudmi, ocupado en la construcción
de aquel reloj de sol de cuatro esferas -círculos, mejor- separadas,
el año de preparación del gran salto hacia el sur, año inicial de su iluminación,
por usar alguna palabra. Con minucia había ido señalando día a día
los puntos hasta donde llegaba la sombra de la varilla en la pared, en cada círculo
según la estación; marcadas las señales, en el tiempo libre había ido decorando
los conjuntos con dibujitos graciosos que se le ocurrían a él
y a los contertulios e invitados que le visitaron durante aquel año,
sobre todo su prima Fatema -en realidad sobrina, pero no es importante
porque a ellos no les preocupaba-, Sherico algunas veces,
amigos y amigas de la ciudad de los vientos.

Y, ahora, Antón. Lauari le enseñó la gran casa rectangular,
gran sala con seis ventanas y dos puertas, prácticamente sin muebles
pues el suelo, cubierto por alfombras multicolores, estaba mullido
en uno de sus sectores, estrado para reposar durante el día y dormir

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las noches frías. Aquí y allá, cojines, almohadones, mantas plegadas
y bandejas grandes o senías en las que se depositaban los objetos de uso cotidiano,
todos objetos necesarios, ninguno superfluo salvo algún cachivache bonito
que alguien hubiera traído como regalo y que no era raro que se volviera a ir
también como regalo de recuerdo de la casa. En el lado opuesto al del estrado,
todo el frente estaba ocupado por un ingenioso mecanismo que ocultaba
el lugar que pudiera llamarse cocina, armario ropero, retrete y baño,
así como estantes para libros y objetos necesarios o de recuerdo -todo objeto
superfluo tiene un sencillo sentido: recordar-, espacio con el que se podía jugar
a base de puertas correderas y cortinas, como biombos o mamparas
que mostraban u ocultaban a los habitantes de la casa su contenido.
Cortinas ligeras para el invierno y densas para el verano tamizaban la luz
que entraba del exterior.

Ya en el interior de la casa, Bujudmi y el recién llegado Antón Dolores,
éste recorrió el recinto con la mirada, taimado, y luego miró a Bujudmi.

--Exacto, chico. Muy logrado... Sedante. Me gustaría que vinieras conmigo
al gran llano del sur. Nos necesitamos, guía vidente para guía vidente,
para llegar más lejos.

Prepararon un té. Después de charlar sobre el capitán Mengano
y sobre los sucesos del vecino país que Lauari presenciara -Antón había oído hablar
de Yamel el Inflexible, pero no le conocía ni conocía su país-, Antón Dolores
le hizo algunas observaciones sobre el interior de la casa; en concreto,
que las seis ventanas y las dos puertas necesitaban, al menos, una puerta más
-mejor era abrir huecos que cerrarlos— para colmar la armonía.

--No sé por qué me molesta el ocho, ¿ves? Pero la tercera puerta
no tendría sentido, por otro lado, pues a ninguna parte habría de conducir
-reflexionaba en alto Antón.

Permanecieron pensativos mientras terminaban el té.

--¡Ya está! -y a Lauari se le había animado la mirada de tal manera
que casi parecía sonreír ella sola al margen de su rostro-. ¡Una claraboya
o una cupulita de cristal!

Eso era. El noveno hueco bien podría ser una claraboya
que se pusieron de inmediato a diseñar y quedó perfilada como una cúpula
no de gran tamaño, de cristal, que pudiera abatirse o abrirse y por la que también
se pudiera ascender a la terraza por medio de escalas plegadas en lo alto
y que se pudieran recoger y echar desde la azotea o terraza
y desde la sala misma.

--Exterior e interior bien comunicados, perfecto.

Antón Dolores, resuelto el problema que pudiera parecer fútil,
con la ayuda de Lauari, quiso ver el patio con el múltiple reloj de sol.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La luz, dorada por la arenilla del desierto que trajera consigo el viento del sur, daba al patio un irreal aspecto que hacía resaltar los grafismos y figuras del muro. Antón le echó una mano al hombro al Bujudmi y, con su seriedad característica en la que siempre podía hallarse un guiño irónico, reflexionó en alta voz.

--Bien, bien... Los cuatro círculos del muro largo, uno por cada estación, perfectamente anotadas ya las horas del día. Orientado al sur, claro, para que siempre tenga luz solar directa. Pero en este patio caben más posibilidades: se podría hacer algo similar en el muro orientado al este y en el orientado al oeste. Y aún más todavía. Los cuatro círculos podrían sintetizarse en uno que contuviera toda la información y que, combinado así mismo con la información obtenida de los otros dos muros, tal vez permitiera construir una esfera, aun contando con que el lado norte está en sombra... Y cabrían aún más combinaciones con otros estudios sobre muros de orientaciones intermedias, N.E., N.W., S.E. y S.W., y así indefinidamente. Sería laberíntico el estudio, pero posible, realizable con paciencia. Hoy, además, con una simple computadora y un plan informático sencillo, sería bien fácil.

Los dos, esta vez, rieron a carcajadas. Antiguos laberintos que hacían sonreír, misterios que al desvelarse podían hacerte desternillar de la risa por su simpleza.

--Diminuto es el hombre, padre del cuchillo, tan diminuto como ese tonto misterio de la trinidad, como el misterio de las religiones.

A la escalera de cerámica tricolor el ya muy animado Antón no opuso ninguna objeción. La subieron sin más y, ya en la terraza, en cuyo centro calcularon cómo quedaría la cupulita claraboya, contemplaron el espléndido paisaje.

Y es que en la casa del reloj de sol, en uno de los límites de la ciudad nueva, sin otras construcciones frente a ella que le entorpecieran la visión, la a simple vista no demasiado alta terraza dominaba un espléndido paisaje: la vieja Güajarán, con el castillo de los españoles en lo alto, y el mar. Antón Dolores, conmovido, abrazó al padre del cuchillo y se le saltaron las lágrimas. El viento de arena doraba y reverberaba, hacía reverberar el aire agitado por minúsculas partículas, prácticamente invisibles una a una y móviles -¡aquella luz!-, y el azul intenso, y el colorido apagado o vivo de las casas, y el verdor de los árboles y los jardines, aquí y allá esparcidos, constituían un todo armónico de una irrealidad tan rara y tan palpable que sobrecogía.

Oyeron a Sherico y a Fatema que, desde la puerta de la casa, llamaban a voces a Lauari.

--¡Entrad! -les respondió desde la azotea.

Venían con algunos amigos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--El santo espíritu: los otros -sonrió irónico Antón.

Mantuvo la mirada del joven Lauari, al principio sorprendido,
y luego estallaron en una nueva carcajada.

--¡La madre que te parió, Dolores! -decía el Bujudmi
mientras descendía por la escalera para reunirse abajo con los amigos,
sin dejar de reír-. Creo que nos vamos a llevar divinamente
y que nos vamos a divertir en el sur.

Antón aún permaneció un rato en la azotea para contemplar
el magnífico espectáculo de la ciudad bajo el viento del sur.

Venían con Sherico y Fatema Bujudmi dos muchachos,
al parecer en viaje norte-sur. Víctimas de un engaño más
del malvado Bartolillo Escandalera en aquel viaje, éste los había abandonado
en el puerto de la ciudad de los vientos con cartas con falsa dirección
que les había dicho gestionadas en la isla menor balear Formentera.
Desde el puerto grande de la ciudad de los vientos un marino,
amigo de Sherico, apiadado de ellos, su juventud poco experimentada
en tierra extraña, los había conducido a la casa de Mamía en la cueva del agua;
Sherico, terminada la faena de echar las redes, se había puesto en contacto
con Fatema: allí estaban, pues, en un lugar adecuado para orientar
a los desorientados, en la casa del reloj de sol de Lauari Bujudmi.
Y se habían encontrado con la inesperada presencia de otro viajero,
con Antón Dolores.

--Magnífica atmósfera amarilla -comentó el Dolores
al entrar en la gran sala en donde ya estaban todos.

Los chavales le saludaron y a Antón le hizo gracia uno de ellos,
el más crío del grupo, que se dijo llamar Antonio ese ene pe.

--Y eso, ¿qué es? -preguntó Antón.

--No lo sé. La poli que me hizo los papeles me puso una S grande,
una N grande y una gran P. Así: SNP, ¿ves? -el chaval,
de unos dieciséis años, se lo trazó con el dedo en la alfombra
de anchas franjas verdes dominantes y otras más estrechas rojas,
amarillas, violetas y negras.

Lauari se echó a reír. Aquello significaba "sin nombre patronímico",
una abreviatura que había utilizado mucho la policía
de ocupación europea en la región, y que para algunos se había convertido
en verdadero apellido durante muchos años. Se lo explicó.

--¿No conoces a tus padres? -se interesó Fatema Bujudmi con tono maternal.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Después de unos segundos de indecisión, el chaval rompió a hablar.

--Me acuerdo vagamente de ellos, pero en imágenes muy raras.
Huíamos de un gran incendio de la ciudad y sonaban campanas de iglesia
y almuédanos de mezquita. Luego pasaron aviones y el hombre aquel,
que debía ser mi padre, un rostro así, muy hermoso, con los ojos claros
pero las cejas muy negras, que poco antes me había gritado algo
que no logro recordar pero que debía ser una orden de "¡corre!", "¡vete!"
porque me puse a correr como un loco detrás de una mujer
también de ojos claros y rubia, que lloraba y a mi me asustaba su manera de llorar
y de acariciarme la cara, contacto que aún percibo algunas noches
y que me produce una gran pena y ganas de llorar a mí también aún hoy,
corrí tras aquella mujer pero no podía alcanzarla y cuando, al fin, llegué a su lado
bajo un árbol grande, creo que era una higuera, junto a un pozo,
estaba tan inmóvil y tan blanca, allí apoyada en el brocal del pozo bajo la higuera,
que me solté a llorar porque, aunque no sabía lo que era aquello, una mujer muerta,
supe de repente que aquellos bellos ojos abiertos no me volverían a ver
y aquellas hermosas manos blancas que se apoyaban blandamente
en el sillar de piedra ocre del brocal no me volverían a acariciar
como recordaba y recuerdo vagamente que lo hacían...
-En medio del silencio general el muchacho Antonio SNP hablaba,
con los ojos clarísimos encendidos, como un iluminado, sentado a la turca
en la alfombra de colores, el grupo recostado en las colchonetas
en torno a él.

--Sigue, por favor -le rogó Fatema.

--También recuerdo, como si de un sueño se tratara,
que salí de aquel lugar lloriqueando, moqueando, asustado,
por un hueco del tapial derrumbado de aquel huerto y tras el que había
una calle por la que corría mucha gente hacia el campo, hacia un bosquecillo cercano
de pinos no muy altos, más allá del cual se extendía el mar,
y por donde en aquellos momentos se ocultaba el sol en el centro
de un como incendio anaranjado y rojo que me fascinó y me hizo,
por un momento, olvidar mi pena. Detrás de mí, otro incendio, un incendio real,
consumía el poblacho aquel o gran ciudad, no lo sabría precisar con exactitud,
y yo en el centro de aquellos dos espectáculos encarnados y amarillos...
-El chaval Antonio SNP estaba dando, a su corta edad, una magistral lección
de narrador, como reconocieron todos entre risas al final del relato-. Luego,
ya no puedo recordar nada más que múltiples escenas de bandas de niños mendigos
y colegios duros y desagradables en donde nos encerraban de vez en cuando
y en los que, en los pocos meses o semanas que tardábamos en estudiar
el terreno y planear la fuga, siempre en grupos de tres a siete chavales,
yo estudiaba los libros y las lenguas que nos enseñaban, francés, árabe o español.
Hasta aquel día no muy lejano, Tito, en el que te elegimos a ti como jefe
de la banda jivi que montamos los siete compañeros -y Antonio SNP
se dirigía al chaval algo mayor que él, aunque no pasaría de los veinte años,
presentado como Prófugo Tito-. Con la banda jivi pudimos hacernos más fuertes
en eso de buscarnos la vida y protegernos un poco el cuerpo; un poco mejor,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

digo, que en los malditos colegios en donde nos abrasaban a palos,
o en las malditas calles de la ciudad de la costa, en donde nos abrasaba la poli
o, si nos descuidábamos, nos destrozaban hasta el culo los mil veces malditos
ricachos de los hoteles de la avenida... Sobre todo al Martín, uno de los nuestros
al que tenemos que ponernos a buscar de inmediato, ¿verdad Tito?,
que gustaba tanto a aquellos hijoputas que llegaban a pelear por él en las esquinas,
lo que maldita la gracia que le hacía al pobre Martín; pero que a nosotros,
mientras terminábamos de organizar la banda, buena ayuda de dinero nos traía
-Antonio parecía mostrarse más locuaz y animado en la narración-.
Con la banda jivi de Prófugo Tito, poco después, ya pudimos aviarnos mejor
y curar a Martín y cuidarnos a todos. Éramos cinco músicos en la banda,
más Martín y Martina que no sabían tocar ningún instrumento musical
pero de quienes no nos hubiéramos separado nunca.
Si no hubiera sido por el pirata maldito, Bartolillo,
a quien el cielo confunda.

Aquí intervino el llamado Prófugo Tito para abreviar la narración
de su compañero de horas felices y desdichas. En dos años de actuaciones
con la banda jivi, en la cual él cubría los teclados, con la ayuda cada vez mayor
de Martín y Martina a quienes habían iniciado en derbucas, bongos, platillos
y otras sencillas percusiones complementarias, se habían ido bandeando
entre la costa norte magrebí y la costa sur española, con frecuentes viajes
por el túnel recién construido bajo el estrecho de Gibraltar.
Hasta la muerte del rey Malek, a raíz de la cual no se habían atrevido
a volver a la costa africana. Se decidieron, al fin, cuando supieron con certeza
que Yamel el Inflexible se estaba portando bien con la gente que, como ellos,
había sufrido mucho. Para entonces habían tenido relativo éxito
con dos canciones -"Aguanta, resiste" y "Atráncate con la basca"-
y el llamado Tito, al mismo tiempo, problemas con su servicio militar
en Andalucía -tras los que adoptó el nombre, al gusto de todos, de Prófugo Tito-,
y decidieron pasar a Ceuta para adquirir un nuevo equipo de música
en la mejor tienda electrónica de la ciudad. Fue allí donde el malvado Escandalera
les había jugado la mala pasada. Ellos dos -contaba Prófugo Tito
y Antonio SNP asentía-, con Martín y Martina, se habían embarcado
en el bajel de Bartolillo Escandalera con casi la totalidad del material electrónico
para conciertos adquirido, mientras tres de sus compañeros,
la electricista Aurora, Lala Paki y Sidi Kid, esperaban en la ciudad de Ceuta
la llegada de un sintetizador que necesitaban. Con buenas y zalameras palabras,
aquel piratazo gordinflón y malo, de dudosa catadura, había quedado en conducirlos
al puerto de Salé; pero, en plena noche, y tampoco ellos eran expertos
en derrotas marinas, los había conducido justo en el sentido contrario,
al puerto de la ciudad de los vientos; al parecer, el Escandalera tenía problemas
con las nuevas autoridades policiales del régimen del Inflexible,
y en el puerto de la ciudad de los vientos, como luego supieron,
le aguardaba carga, creían que para Italia. En el puerto de la ciudad de los vientos
los había abandonado y había zarpado con la carga prevista,
más todo su material musical y sus dos compañeros Martín y Martina.
Temían lo peor. Pero no tenían recursos para rescatar a sus amigos
y pertenencias. Y aquello era todo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En el medio del grupo entristecido por la historia narrada,
a Antón Dolores se le veía pensativo. Luego, se encaró con los dos muchachos.

--Arduo camino zurdo habéis tenido, chavales.
¿Tenéis algo que lamentar de vuestras experiencias?

--Algún piojo que otro demasiado juguetón -contestó rápido y casi festivo
Antonio SNP-. Hemos tenido mucha suerte, sobre todo yo,
al salir con el cuerpo bastante entero.

Sherico y Fatema le miraban en estado de estupor,
pero Antón y Lauari Bujudmi rompieron a reír casi escandalosamente.
Prófugo Tito y el chavalín Antonio intercambiaron una inteligente mirada
y también se soltaron a reír, desinhibidos.

--Fíjate si hemos tenido suerte -acertó a añadir Prófugo Tito
en un momento de calma de la risa- que he conseguido driblar
a los de la leva de soldados que se empeñaban en encerrarte
entre puertas y ventanas cuartelarias en el momento en el que soñabas
con puertas y ventanas sobre el mar, colega mayor -su tono jocoso
se prolongaba en risa espontánea, la fuerte hilera de dientes poderosos
y blanquísimos, los ojos pequeños y chistosos muy brillantes.

Antón Dolores, de nuevo serio y reflexivo, volvió a interrogar, amable.

--La música... ¿os alumbra la cabeza?

Fue Prófugo Tito quien le contestó, su mirada en la de Antón, aún brillantes ambas.

--Sí.

El pequeño Antonio SNP fue menos explícito en las palabras,
aunque más expresivo de gesto. Asintió con la cabeza y de sus ojos clarísimos
rodaron dos lágrimas temblorosas, como esferillas irregulares que tendían
a la forma perfecta de la esfera y tal si reflejaran toda la luz en dos destellos
idénticos y refulgentes, casi de neón. Al Dolores y al Bujudmi
se les veía también ganados por la emoción. Esta vez fue Bujudmi,
el padre del cuchillo, quien rompió el silencio con un peculiar tono semi-irónico
y como buscando cierta complicidad.

--Es el humo de un cigarrillo, ¿habéis sufrido el acoso
de algún fantasma malvado?

Antonio SNP contestó rápido.

--Alguna noche he tenido que abrazarme a algún compañero o compañera
llorando de miedo, pero ellos me consolaban.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y Prófugo Tito:

--Pero eso era antes. Ahora sabemos que son quimeras -y de nuevo la risa perfilando su rostro pícaro y claro-. La música misma es nuestro fantasma más obsesionante.

Antón, serio pero de buen humor, comentó con Lauari Bujudmi, aunque en un tono lo suficiente alto como para que todos pudieran escucharlo.

--Estos chavales de la banda jivi, al menos SNP y Prófugo Tito, han conseguido en plena juventud esa unidad brillante e inteligente de los esquizos que saben expresarse, ¿no crees tú eso, padre del cuchillo?

--No sabría expresarlo como tú lo expresas –contestó Bujudmi-, pero creo entender que es así, como lo dices. Creo que serán excelentes músicos o lo que deseen ser, excelentes conductores o mensajeros, excelentes compañeros de grupo.

Fue en esos momentos. Tras aquellas palabras. El SNP, como movido por un resorte, saltó de rodillas ante Antón y el padre del cuchillo y habló apresuradamente, tal si temiera que pudieran interrumpirle.

--Quiero quedarme con vosotros. No sé qué pensará Prófugo Tito ni que pensaran los otros, pero quiero estar cerca de vosotros, aunque sea como esclavo -y miró a Prófugo Tito.

*

Este amanuense quiere recuperar el resuello. En este instante en el que Antonio SNP miró a Prófugo Tito, expectante, tras haber llegado a ofrecerse como esclavo de aquellos para él "colegas mayores" que eran el Bujudmi y el Dolores. Y lo hace por dos razones. La primera, relacionada con el argumento de la historia que está intentando relatar de manera comprensible para todos. Como un día le contara Antonio SNP, ya mayor, era la segunda vez que se había ofrecido como esclavo a alguien; la primera, precisamente, había sido a Prófugo Tito dos años atrás, en el inicio de la banda jivi, y éste le había aceptado a prueba e incluso le había jugado alguna pequeña faena mala y de poca importancia para juzgar de su fidelidad, pruebas de las que había salido airoso el casi niño entonces Antonio SNP porque veía en Tito un guía para su problemática y oscura prosecución de viaje, circunstancia que tanto le angustiara. Pues la elección de un amo al que servir de esclavo -se decía así, con toda la crudeza— se había convertido en una moda, si no una verdadera necesidad, en aquellos tiempos difíciles que corrieron para la gente de los años previos al lanzamiento de la gran confederación.

La segunda razón por la que este amanuense hace un alto

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en el camino emprendido con este relato -camino
en el que no es de menor importancia la ayuda que el relato mismo
ha de prestarle en su digamos viaje de clarificación íntima y personal-,
la segunda razón es puramente estilística. A este amanuense
se le antoja que en este capítulo concreto su manera de contar
se comienza a parecer demasiado a los relatos que llamaran "hagiográficos",
a las viejas historias de vidas ejemplares de tantas literaturas antiguas,
frecuentes en todas las religiones de la tierra y no solo en las religiones
de las áreas geográficas en donde se desarrollaría con más fuerza
el paraíso de las islas, las religiones mediterráneas. Y no quiere
que nadie se lleve a engaño con esta apariencia de relato hagiográfico,
de relato sagrado. Líbrele el cielo de ello. Contravendría
una de las más caras afirmaciones del padre del cuchillo,
sobre la que sin duda habrá de volver este amanuense,
aquella que se resumía en la máxima "nunca fundéis iglesia",
concebida la palabra iglesia como grupo excluyente o cerrado,
elitista al fin.

Se le viene a la cabeza, con ello relacionado, una anécdota
sucedida en años posteriores a estos en los que se desarrolla
el presente relato, sucedida en la casa del naranjal de Borondón el Antiguo
en los años duros del gobernador Severino Muntañola,
inmediatamente posteriores a la Gran Guerra. Habían acordado
Borondón y Muntañola que alguien de la policía secreta muntañolina
se instalara en la casa del naranjal para que viviera la vida cotidiana
de aquella gente desde dentro, ya que todas las explicaciones dadas
por Borondón a los polis no terminaban de dejarlos satisfechos.
Pues, bien, un joven poli soltero de la región se instaló en la casa
y, a los tres o cuatro días, se fugó con una chica polaca,
este amanuense cree que una Ploncka, si no recuerda mal -habría
que confirmarlo-, y desertó de la policía muntañolina. En una carta
que dirigió a sus antiguos jefes, desde Génova, les decía
que había sido una decisión personal, que se enrolaba
en los grupos de la "basca viajera", así decía, en la jerga de la época.
Muntañola pensó que aquello había sucedido así por mala elección
de un individuo no apto para aquel trabajo. Nombró a un segundo poli
para el mismo cometido, esta vez casado y con media docena
de niños de corta edad, lo que era ya tan infrecuente en aquellos tiempos.
Pues, bien, aquel segundo poli tardó más; pero terminó desertando
de su trabajo también, después de un mes escaso de convivencia
con los grupos viajeros, y a pesar de que todavía no había casas de los niños
en donde cuidar de la educación de la gente menuda y eso hacía
que el ex-poli ya y su mujer no tuvieran tanta movilidad como la gente
y siguieran en la región. El desertar había sido, por ello,
una dimisión con explicaciones, un elegir más maduro y fructífero puesto
que le dio pie para justificar al gobernador Severino Muntañola
el porqué de su acto. A la casa del naranjal llegaba gente y se iba
con entera libertad, no había secretos, sólo gente infeliz de viaje
en busca de compañía y de una función atrayente en un colectivo,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

gente que huía de un mundo que ni amaba ni le amaba a ella –la gente-, gente, en fin, cada vez menos desdichada a medida que progresaba en su nomadeo. El Muntañola hizo un tercer ensayo aún. Nombró a un poli de mayor edad -el casado y con seis hijos, como su mujer, no superaban demasiado la treintena-, y le encargó la vigilancia desde dentro de la casa del naranjal; era tan anciano que hubieron de asignarle dos enfermeras para que le cuidaran. Las observaciones de aquel abuelo, de la confianza del gobernador, comenzaron a fundir el hielo de la desconfianza muntañolina, y propiciaron una decisiva entrevista entre aquel gobernador y el Babilónico. El viejo poli comunicó que la gente trabajaba y se divertía sin cometer delitos punibles, aunque sus formas de vida y de relación no fueran convencionales; y que lamentaba ser tan viejo porque, si no hubiera sido así, se habría enrolado él también en aquellos grupos de viaje. Finalmente, el Muntañola había comenzado a comprender y había rebajado el rigor en su trato con los grupos de la costa.

Pero este amanuense cree que se ha excedido en el paréntesis con esta insulsa -se le antoja así, tras releerla- anécdota. Y quiere continuar con la redacción. No sin advertir antes que todo lo que tenga de hagiográfico este momento del relato es pura coincidencia. La gente que aquí aparece no estaba "dictando" caminos sino ensayando abrirlos. Y sigo.

3

Planes para reunir la banda jivi dispersada por el engaño del malvado Escandalera y discurso de Antón Dolores sobre el hachís y la esquizofrenia

Aquella súbita salida del casi niño Antonio SNP cogió a todos de sorpresa. Fue Prófugo Tito quien primero reaccionó.

--Eres esclavo mío ya, tú, ¿lo has olvidado? -y con un guiño a Antón Dolores-. Y le aseguro, colega mayor, que no he sido un amo duro para él.

SNP saltó, casi airado.

--¡Hace tiempo que ya no soy esclavo tuyo, Tito! Ya somos colegas, ¿o no? -decía las palabras muy en serio-. Desde que la banda jivi funciona y ganamos dinero ya no hay ninguno que sea esclavo de ninguno.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Prófugo Tito respondió, rápido.

--¡Eso es! Y si tú ahora te echas un amo nuevo, de la banda jivi ¿qué pasa? Es algo que hay que tratar con el grupo, ¿no? Si cada uno hace lo que se le antoja en cada momento sin contar con los otros..., pues, qué sé yo, es como si a Martín y Martina los dejamos abandonados en manos de ese pirata Bartolera, o como se llame, y nos quedamos todos tan tranquilos.

No necesitó continuar Prófugo Tito. La reacción inmediata de Antonio SNP mostraba a las claras que había estado acertado con aquel argumento. El chico se puso en pie, como reglado por un resorte.

--Vale, Tito. Ya sé que lo primero es arreglar eso, pero lo que dije antes vale. Si me hicierais caso le pediríais a ese señor que os dejara a todos ser esclavos suyos o que hiciera de representante nuestro.

Antón sonrió.

--Lo de representante me parece mejor. Si os tuviera a todos por esclavos no sabría cómo daros de comer todos los días –Antón mostraba buen humor-. Porque esa es otra, ¿no?

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, intervino apaciguador.

--El señor Antón Dolores está aquí sólo de paso, como vosotros estáis por accidente o por casualidad. No creo que sea éste el lugar más adecuado para que se haga cargo de un grupo de "esclavos", aunque el grupo lo tengáis bien organizado como una banda musical jivi -hizo una pausa; todos le escuchaban, atentos a la continuación-. Me parece haber captado, además, que a este "colega mayor" Antón, como decís, no le atrae demasiado esa moda de brindarse como esclavo y de aceptar esclavos, aunque sepamos que se juega mucho con las palabras -a Antonio SNP se le veía con los ojos bajos, algo desilusionado podría ser-. Hay infinidad de fórmulas, sin embargo, para conectar vuestro grupo, como banda musical jivi, con otros de los que comienzan a formarse por todas partes, con este mismo de la casa del reloj de sol o con el que Antón forme, si lo desea, para viajar a los oasis del sur -Después de estas palabras a Antonio SNP se le comenzó a ver más animado y hasta impaciente, escapándosele en un momento un tímido "sigue", casi inaudible-. Lo que yo creo es que, como muy bien señaló Prófugo Tito, más que la conexión con otros lo que debéis pensar ahora es en reunificar vuestro grupo dispersado, poneros en contacto con los que se quedaron en Sebta y localizar al malvado pirata raptor de vuestros compañeros más débiles -hizo otra pausa; todos parecían de acuerdo; se dirigió a Prófugo Tito-. ¿No lo crees así?

Tito asintió, mudo. Esta vez era él el que se mostraba como intimidado, al contrario que Antonio SNP. De un salto se puso de nuevo en pie y se expresó con resolución.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--¡Yo me encargo de localizar al pirata y de darle su merecido!

Antón sonrió, hizo sentar a su lado al muchacho enardecido que era Antonio y animó a Lauari a seguir hablando.

--Dinos tu plan, padre del cuchillo.

--Es simple. Uno de vosotros se queda aquí mismo, en esta casa nuestra, y desde aquí localiza a los tres colegas de Sebta...

--Sí, a Lala Paki, Sidi Kid y la electricista Aurora –era SNP el que hablaba.

--Eso es -continuó Lauari-. Mi prima Fatema puede ayudar en ello, experta como es en comunicaciones. Otro de vosotros puede viajar a Italia, con nuestro apoyo desde aquí mismo, y si hubiera suerte con el apoyo del capitán Mengano desde Venecia también, para localizar al malvado Escandalera y recuperar a vuestros dos amigos y el material robado por el pirata y que os pertenece.

--¡Yo me encargo del pirata! -insistió de nuevo, exaltado, el chaval SNP.

--No, tú eres muy crío -le interrumpió, esta vez con decisión, Prófugo Tito-. Tú esperas aquí a Chispas y a los otros.

--¿Chispas? -se interesó Antón Dolores-. ¿Es que sois más en el grupo?

--No. Chispas le decimos a la electricista Aurora –aclaró Tito-. Somos sólo siete.

Antonio SNP insistía en ser él quien persiguiera a Bartolillo Escandalera -"¡Es que le tengo ganas a ese perro!"- y el padre del cuchillo opinó de nuevo.

--Pienso que Tito tiene razón. Es mayor que tú, Antonio, y es más fácil que le acepten a él en el primer barco que salga para Italia. ¿No lo crees así, Sherico?

--Sí. Tito puede ser aceptado en cualquier barco con menores reticencias que Antonio por razones simples de edad y fortaleza física.

Sherico, que no había hablado hasta el momento, sorprendió a los dos chavales de la banda jivi y al propio Antón Dolores por su tono taimado, seguro y calmo. Antonio SNP, sentado al lado de Antón y más tranquilizado, le miraba boquiabierto.

--¿Tú tienes un barco? -le preguntó.

--Sí, pero es pequeño para adentrarse en el mar. La *Fluca linda* es una patera con motor para la pesca de bajura.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Si tú me acompañas, seguro que encontramos al pirata -siguió el muchacho, obsesionado con su plan.

--Sherico no puede, chico -intervino el padre del cuchillo-. Tiene muchas cosas que hacer aquí, en la Cueva del Agua, y más ahora que su hermano Halimo navega lejos. Hay gente necesaria en un lugar y en una función y eso puede quitarle, de momento, movilidad. Tendréis toda la colaboración de los amigos de aquí, pero sois vosotros mismos los que debéis reagrupar a vuestra banda jivi dispersa. Por eso es mejor que Tito se embarque, con el apoyo logístico, si quieres llamarle así, que le brindamos, y que tú te encargues de lo que a simple vista parece más fácil: hacer que los tres que están en Sebta se os reúnan, si lo deseáis en esta misma casa.

Antonio SNP pareció comprender que aquello era lo más lógico y prudente, dentro de la, si no desesperada, sí un poco disparatada situación. Pareció contentarse con la opinión más general cuando decía a Tito:

--Cuando te topes al pirata, Tito, le das de mi parte un puñetazo en los dientes y, si le tienes a mano, le metes un dedo en un ojo hasta que le duela, pero sin sacárselo... Le haces alguna herida que le sangre pero que no le mate, algo que le deje cicatriz para que se acuerde toda la vida de nosotros.

Rieron la ocurrencia del chico, más niño de lo que aparentaba. De repente, se dieron cuenta de que debía de ser muy tarde. Fue Fatema Bujudmi la que tomó las más prontas resoluciones. Mientras ella se encargaba de las comunicaciones desde allí mismo y desde la casa de Busacram Bujudmi, el carnicero, padre -en realidad hermano- de Lauari, ellos tomarían algún alimento en casa de Mamía, en la Cueva del Agua. De paso, le presentaban al recién llegado Antón Dolores. Al día siguiente, Sherico y ella, en su cita cotidiana, terminarían los preparativos de viaje de Prófugo Tito a Italia y del chiquillo Antonio a Ceuta, si fuera necesario. Antón y el padre del cuchillo asintieron al plan de Fatema.

--Tras la visita a Mamía, Antón -concluyó el Bujudmi-, nos instalaremos en esta casa del reloj de sol para preparar el grupo que habrá de acompañarte en tu viaje primero a los oasis del sur.

En el camioncito de pescado de Sherico y en un microbús todo terreno, recién adquiridos por el padre del cuchillo, los seis se dirigieron a los lugares previstos, la casa del carnicero de Delmonte y la Cueva del Agua.

Aquella noche, sin embargo -el tiempo lento del sur-, se quedaron en casa de Mamía. Tras un cigarrillo de hachís fumado en la balconada de madera al atardecer, la línea horizontal del mar frente a ellos, delicada en su trazo por la bruma, Antón Dolores experimentó la que él consideraría siempre como primera iluminación sureña. Intentará este amanuense -como hiciera en el caso de Antonio SNP al narrar su historia, aunque espera que con mayor acierto pues no le satisface para nada el tono del discurso

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

puesto en boca del chico- poner en boca de Antón una síntesis de su reflexión sobre ello, como si él mismo narrara, en un monólogo coherente y único, las múltiples y dispersas observaciones que dejara oralmente y por escrito.

--Aunque por mi edad no tengo una dilatada biografía, las casualidades que han confluido en mi educación acabo de verlas, al fin, cuadradas, o en cierto orden, tras este cigarrillo de hachís -podría muy bien haber dicho aquella noche Antón a sus contertulios, la propia Mamía, el padre del cuchillo, los dos chicos de la banda jivi y Sherico-. Quiero comenzar por mostraros lo que pienso, desde mi corta experiencia personal, sobre el uso del hachís y similares sustancias, aun considerándome profano en la materia.

El grupo en torno a Antón, distendido y en calma, arrullado por las palabras del recién llegado y, en los silencios, por el mar, estaba aunado una vez más por el ceremonial del té que Mamía dirigiera. El padre del cuchillo, en particular, parecía no perderse ni una mínima sílaba con sentido del discurso de Antón Dolores.

--Fui educado, durante mi adolescencia, en un sistema rigorista y rudo que me describía y explicaba el mundo con un lenguaje religioso que tenía muchos siglos de tradición, de gran coherencia por lo tanto. De buena fe, pues otra información exterior no tenía salvo la que me dieran lecturas dispersas que escapaban al control de mis educadores, cumplía con naturalidad todas las normas de comportamiento y ejercicios para el espíritu que esa antigua tradición religiosa había ido fijando, y según una de las escuelas más modernas de esa tradición, a la que pomposamente habían dado el nombre de "obra de Dios". Debido, en parte, a mi entorno familiar y a los amigos ajenos a aquel grupo semi-siniestro que intentaba relacionarme con mi cuerpo como si fuera mi enemigo, no cuajó aquella verdadera operación de corrupción de un menor... Es, sin embargo, otra historia que un día os narraré con mayor detenimiento.

Después de una pausa, como para reorganizar su mente, los ojos y piel encendidos, siguió el Dolores.

--A esa edad peculiar que son los diecinueve años me llegó la primera crisis madura, por llamarlo de alguna manera, que no iluminación todavía. Como por instinto, me comencé a interesar por otro de los clásicos relatos religiosos de cómo pudiera ser el mundo y el hombre, por la tradición religiosa extremo-oriental asiática. Poco después de iniciada esa nueva hermosa aventura del espíritu, en la isla menor balear Formentera, mantuve mi primer contacto con el hachís. Fue un contacto dulce y delicado, como él es, luego supe que enriquecedor pues que en mi cabeza se encontró con todo un cúmulo más o menos caótico, más o menos estructurado, de vivencias e ideas.

A Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, se le veía embelesado por las palabras del viajero Antón. Mamía, muy al contrario, parecía distraída con el infiernillo, la tetera y los vasitos que de continuo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

trajinaba y cambiaba de lugar, como trazando una urdimbre mágica
de invisibles líneas.

--Tal vez, y aquí pienso que tú, padre del cuchillo, pudieras saber
más que yo de ello, tal vez nada exterior te ofrece el dulce humo,
aunque sea capaz de potenciar extraordinariamente todo lo que en tu interior
hubieras sabido almacenar -Lauari asintió, mudo, sin duda temiendo quebrar
la línea clara del discurso del Dolores-. Nada puede ofrecerte que tú no tengas ya,
es un simple invitado que te invita a su vez a elaborar la síntesis
de las informaciones contrarias que bullen en tu dentro, testigo mudo y sonriente
que asiste a tu esfuerzo, catalizador a veces, sólo a veces, y eso podría ser
lo grave, en esas como reacciones químicas que precipitan hacia la claridad.

Hubo una pausa. La seriedad del Dolores conmovía.

--O hacia la oscuridad y el laberinto. El dulce humo tiene
releje afilado, padre del cuchillo, pero doble como el puñal,
penetra en el laberinto de tu cerebro y abre los caminos para que circulen
con más fluidez las adquisiciones exteriores que has hecho tuyas o intimado,
podríamos decir, alumbra el laberinto para que tengas mayor certeza de él
y luego, cuando se va, te deja solo frente a él para que seas tú
quien lo alumbre solo y elabores la síntesis final que te permita
recomenzar de nuevo.

Frente a frente Dolores y el Bujudmi, parecían existir ellos dos solos allí,
ante el silencio expectante de los otros cuatro, Mamía al fin sus manos quietas,
los ojos entornados, como en éxtasis o ajena.

--Un plano preciso de ese laberinto, tal fotografía aérea
de una ciudad fortificada, sería ese nuevo punto de partida que el humo delicado
podría dejarte como recuerdo a su partida. Mas toda esa información dispuesta
para fotografiar eras tú quien había debido desplegarla, la tienes o no la tienes,
la puedes comprender o no la puedes comprender, la puedes utilizar o usar o no,
la puedes alumbrar o no la puedes alumbrar. De ahí el posible peligro:
la oscuridad y el laberinto aparentemente sin salida.
En mi caso, padre del cuchillo, pudiera afirmar que tuve suerte.

Ya Antón Dolores parecía dirigirse únicamente a Lauari Bujudmi.

--Por eso hablaba antes de las casualidades que habían confluido
en mi educación y que hoy, ahora mismo frente a ti, padre del cuchillo,
he logrado expresar con mayor o menor fluidez por vez primera.
Pudiera ir más allá aun utilizando una palabra de la que desconfío
por ambigua y polivalente, la palabra, por otra parte hermosa, "esquizofrenia".
Pienso que el "dulce humo", por esquivar su nombre, por obviar pronunciar
el nombre concreto de un algo tan real y material, el "humo delicado"
te conduce suavemente hacia la "esquizofrenia", por darle un nombre
a algo tan leve, inconcreto y sutil. De la misma manera, aunque más rápido,
que las prácticas y las informaciones en lenguaje religioso de las religiones clásicas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que he practicado o estudiado son un camino trazado también hacia ella.
Y en este punto, padre del cuchillo, puedes decir "es verdad" o puedes decir
"es mentira", buscar otra palabra... y da lo mismo.

Ante una nueva pausa, Prófugo Tito se pudo en pie con toda seriedad.
Con movimientos lentos se quitó su camisa holgada, de azul brillante
y cuadros verdes en desorden, colores más apagados y pardos en la penumbra
aunque de raro efecto a la luz pálida de una lámpara esquinada que Mamía
solía mantener encendida toda la noche en la balconada, dejó caer la prenda
a sus pies y mostró una camiseta negra y sin mangas
con un estampado en el pecho y otro idéntico en la espalda,
de colores vivos en los que predominaban gamas del rojo y blanco agrisado
hasta el naranja y el amarillo. Eran dos figuras de personaje monstruoso,
mitad hombre mitad animal, de garras de rapaz, pezuñas de caballo,
cuerpo en parte escamoso de reptil o pez, fauces abiertas, ojos desorbitados
y terribles, trozos de cuerpo como placas metálicas o de cuero, algunos huesos
del deforme esqueleto al aire, y en sus garras de rapaz
despojos sanguinolentos de alguna presa animal o humana.

--¡Shaitán! -musitó Mamía, y volvió a retomar el juego de ordenar
los vasitos para un nuevo té.

--¡A qué viene eso ahora, Tito! -musitó con un hilillo de voz Antonio SNP,
inquieto ante el gesto de su amigo.

--¡Qué pasa! -le miró de reojo Tito, mientras se acercaba más a Antón Dolores
para que pudiera ver mejor el estampado de su pecho-. ¿Acaso no traes tú
una camiseta igual a ésta mía?

--Esa es la bestia mascota de nuestro grupo jivi –dijo Antonio SNP,
como sin ganas ni convencimiento, en su mirada la del padre del cuchillo-.
Pero teníamos pensado diseñar otra mascota menos brutal;
ya estábamos un poco cansados de ésta –e intentando sonreír-.
Le llamábamos Tina, ¿sabes?

Antón Dolores contemplaba, dijérase conmovido, el monstruo estampado
en la pechera de la camiseta negra de Prófugo Tito, en jarras frente a él,
como en un alarde para llamar la atención sobre su presencia allí,
las piernas abiertas tal compás en cuarenta y cinco grados rematado por zapatones,
sin duda recuerdo de un ejército del que había desertado. Los ojos
de Prófugo Tito brillaban, entre amenazadores y expectantes, clavados
en los ojos de Antón Dolores que escudriñaban el dibujo de la bestia Tina.
Al fin, habló Dolores.

--Antonio SNP, ¿qué crees tú que pueden ser esos despojos
en las garras de Tina?

Tras unos segundos, el muchacho Antonio habló con voz aún débil y tímida.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Los restos que quedan de un esclavo devorado...

--¿Podrían ser los tuyos? -insistió Dolores.

--Podrían. Aunque fueron Martín y Martina quienes planearon el dibujo y lo dibujaron con la ayuda de Sidi Kid y la Chispas... Podríamos ser cualquiera de nosotros que, al ser engullidos por Tina, nos convertimos en ella.

Prófugo Tito sonreía ahora, todavía sus ojos fijos en los de Antón.

--Tina, bien alimentada, es capaz de hacer oír nuestra música.

--Y que la gente como nosotros la comprenda -apostilló, con toda seriedad, Antonio SNP.

El padre del cuchillo pendiente de sus palabras, Mamía distraída con el fuego para el té, Tito de nuevo sentado entre el silencioso Sherico y Antonio SNP, Antón Dolores habló de nuevo.

--Vuestra Tina, el rostro que os habéis dado, tiene aspecto terrible y agresivo. Y es que el mundo de la esquizo negra se alimenta de sangre, como los dráculas y hombres lobos, los asesinos y maníacos sexuales, los sado-masocas y los carniceros. Es emocionante ver al viento sus banderas y gallardetes roji-negros, su atávica atracción por la tierra y la noche, por la caverna, su fascinación por los atardeceres incendiarios, la fuerza irresistible del gran culo o del gran coño oscuros y ensangrentados, del reflejo rojo en el ojo de un dóberman negro, del vómito de sangre. La imprecisión, la confusión, el descoloque, la afasia, la dislexia, el laberinto... Una pelea en la noche y a pedradas al saltar la chispa, tras un primer malentendido tonto, la sangre, el clímax álgido, la sangre y la calma, el ritual estrictamente marcado y de todos conocido, como fatal o inevitable: las piedras, los vidrios rotos y la sangre.

El silencio total hacía que el rumor de mar y el bullir del agua en el hervidor de Mamía sonaran como fantasmagórica música electrónica.

--De nuevo en el reino de las engañosas o ambiguas palabras para expresar una engañosa o ambigua realidad. El gran secreto sería el paso de la esquizo negra a la esquizo blanca y de la esquizo blanca a la dorada. La negra era la de los laberintos y la confusión, la blanca la de la paz y la sonrisa sabia, pero poco operativa, incomunicable salvo en la emisión de buenas vibraciones; la dorada, por utilizar un adjetivo prestigioso, la de la sabiduría operativa y comunicable, la de la creación. Fases buscadas, ese camino, por todas las grandes tradiciones místico-religiosas, ese camino izquierdo que algunos llegarán a saber dibujar incluso en su mandala y que conduce a la iluminación, al conocimiento del propio dentro y al control de su proyección al exterior.

De nuevo Antón Dolores y el padre del cuchillo parecían

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

los dos únicos allí, uno hablando para el otro en exclusiva,
arrullados por el rumor de mar.

--Desde antiguo, sin embargo, padre del cuchillo,
en vuestro mundo cultural islamo-berberisco creo entender
que se podría haber dado un interesante proceso -y el matrimonio generalizado
entre primos y el uso del hachís, por ejemplo, no serían más que pequeñas
anécdotas- en el que pudierais haber conseguido que vuestros niños
nacieran con cierto esquizazo puesto en la cabeza,
como casquete o cresta, boina o turbante...

El padre del cuchillo, aunque tal vez escéptico, asentía, mudo.

--Proceso truncado, de la misma manera que se pudiera haber ido degradando
el más reciente y también masivo del mundo cultural del que procedo yo.
Quisiera hacer un esfuerzo para explicarme con claridad. El salto adelante
que supondría una posible transmisión genética de eso que diera en llamar
"esquizazo", haría que la infancia, deslumbrante y feliz siempre,
disfrutara de una verdadera esquizo blanca, de ahí el posible salto adelante,
a colmar y transformar en dorada, por seguir con ese lenguaje creado
para entendernos, por medio de una educación hacia la claridad, pudiera decirse
hacia la clarividencia. En vuestro mundo cultural, padre del cuchillo,
hace tiempo que el proceso se truncó. Masivamente la blanca se fue transformando
en esquizo negra, desde la adolescencia misma, terrible en sus manifestaciones
aún hoy, por ejemplo, y sin duda por una inadecuación de la educación
a esa posible evolución biológica. El lenguaje religioso en el que se expresaban
los educadores se quedó atrás y la organización de la sociedad evolucionó
hacia fórmulas en las que la desigualdad primó y se impuso. En ese ambiente,
el salto hacia la dorada fue cada vez más difícil. Sólo algún individuo
consiguió remontarse hacia ella, pasar de la blanca a la negra y, de ésta,
a la blanca de nuevo para alcanzar la dorada, la de la iluminación;
y sólo a título individual, impotente aunque lúcido, señor de los lamentos,
señor de las maldiciones y el desconsuelo. Ese airado santón
que clama en el desierto, que a veces llega a predicar la destrucción,
la muerte de los señores, el fin de los tiempos...

Mamía se había retirado discretamente, tras el último té,
y se había acostado en su rincón del interior de la casa. Prófugo Tito
también se había tendido al lado de sus compañeros, las manos a la nuca,
los ojos entornados, bocarriba, adormecido ya.

--En el mundo cultural del que procedo yo -continuó Antón Dolores-,
el posible proceso de incorporación biológica del esquizazo
se habría hecho masivo más recientemente y, al igual que en tu mundo,
en una sociedad de marcada desigualdad. La lucidez y la impotencia unidas
crean el desaliento y esos monstruos, como Tina, terribles y destructores en potencia,
el hondón de la esquizo negra que alcanza a los muchachos en cuanto tienen
capacidad de analizar su entorno. Ese niño punki, hijo de muchacho jivi
y nieto de sus mayores jipis, por usar términos aunque endebles fáciles

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de localizar, se ve invadido o dominado por la esquizo negra cada vez más pronto y bien podría convertirse en una máquina de destrucción, hasta en su cabello presente el signo de ésta, la crestita o el cuchillo que tu llevas en tu nombre.

Sherico, como Mamía, también se había retirado discretamente hacia el barracón-casa en donde guardaba la *Fluca linda* y que había compartido, en tiempos, con su medio hermano Halimo. Por su parte, Antonio SNP se había tendido, el pecho de su amigo con la imagen del monstruo Tina como almohada, y ambos parecían dormir. El padre del cuchillo mantenía su mutismo escuchando al, esa noche, locuaz Antón Dolores.

--Estamos, creo, en lo de siempre. El círculo se ha cerrado. Aunque pudiera parecer que el progreso, así, no existe, que hasta pudiera haber regresión, se ha dado un posible paso grande adelante, pero paso adelante que pudiera llevar a la destrucción al fallar la base firme de la organización de los grupos, del mismo análisis social, del gran proyecto de la educación de la gente nacida con la blanca en su cabeza... De ahí el reto, padre del cuchillo, de ahí también la aparente gran confusión.

Amanecía. Antón Dolores calló. Frente a él, Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, meditativo, como desalentado, carraspeó y, con tono que iba ganando en firmeza al ir afirmándose tras el prolongado silencio, llegó a decir:

--Creo entender lo que querías decir, Dolores, pero temo que, tal vez, ha sido tu discurso un juego de palabras únicamente, un combinar los abalorios hasta formar hiladas diferentes. Igual que has utilizado las palabras esquizofrenia, esquizazo y esquizo, podías haber utilizado otra palabra cualquiera. El resultado hubiera sido similar. En nada habrías hecho progresar el posible discurso, el intento de ahondar en la explicación de la realidad.

El motor de la *fluca linda* se oyó abajo, en el embarcadero; Sherico salía a la mar, sin duda para recoger la red dejada la tarde anterior. Antón Dolores sonreía.

--Es mucho que lo hayas comprendido, padre del cuchillo. Estamos en el punto de partida, pero ha habido cierto progreso: sabremos expresarlo. La posible clave puede que siga siendo la misma: la organización de los grupos. Pero con la conciencia clara de que ésta no puede ser posible en una sociedad radicalmente desigual.

Se miraron, observaron a los dos durmientes de la banda jivi, se hicieron un guiño de complicidad y se echaron a reír.

--Sherico también lo sabe. Con su *fluca linda* a ello está, ¿verdad padre del cuchillo?

Lauari Bujudmi asintió con la cabeza.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Es hora de pasar a la acción, ¿no?

El padre del cuchillo asintió de nuevo.

--Hora de echarse a andar.

Se levantaron, extendieron una cotonada de colores sobre los dos dormidos y buscaron lugar para dormir ellos también.

--Eso es, Antón. Hay que echarse a andar.

*

De nuevo a este amanuense se le plantea la duda de si el tono empleado en la redacción de este capítulo es correcto, de nuevo teme que se le haya introducido de rondón el tono hagiográfico antiguo, y esto pueda hacer desmerecer el conjunto, transformar la narración en un tosco perfilar el deslinde entre el bien y el mal, prostituirla de alguna manera con la insidiosa y envenenadora moralina. Teme que el espíritu de Antón Dolores, que pasaría a la memoria colectiva del paraíso de las islas como el último teólogo, se haya posesionado demasiado de su espíritu, ahogando la presencia del de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, el gran destructor, el gran pulidor o el gran rectificador. Teme, siempre teme. Mostrar un rostro falso. Que parezca que dicta cuando sólo pretende sugerir. Que parezca que afirma con rotundidad cuando sólo se ha propuesto reconstruir una posible conversación. Narrar un encuentro que un día lejano se produjo y que, desde la distancia, ha intentado sintetizar en breves líneas. Pero este amanuense, para poder continuar, debe arriesgarse. Debe olvidarse de sus temores. Seguir adelante. No dejar de andar.

4

La banda jivi, de nuevo reagrupada, y las cosas de los "pequeños diablos" Lala Paqui y Sidi Kid

En dos semanas escasas, desde la ciudad de los vientos -Mamía y Sherico en la Cueva del Agua, Fatema Bujudmi en casa de su tío el carnicero Busacram, Lauari Bujudmi y Antón dolores en la casa del reloj de sol-, se hizo posible la reconstrucción del grupo de la banda jivi y, tras ella, la preparación de la expedición de Antón Dolores al sur, primera de una larga serie

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que tal vez un día otro narre pormenorizadamente.

Sherico había conseguido para Prófugo Tito no sólo un buen barco que le llevara a Italia de inmediato -el viaje del pirata Escandalera estaba registrado en el puerto de la ciudad de los vientos con destino muy preciso, Siracusa, en Sicilia-, sino también compañía adecuada, lo que era bien valioso para su misión de rescate: un compañero pescador que ocasionalmente hacía viajes mediterráneos cortos en algún barco local como cocinero, al que llamaban Titi Bentata. Extrovertido y alegre, dicharachero y reidor, aunque a Prófugo Tito le desconcertara al principio, pronto congenió con aquel animoso compañero. Fatema Bujudmi no había logrado contactar con el capitán Mengano en persona, pero le había dejado información muy precisa en su casa familiar veneciana y en la consignataria de Nápoles. El regreso a la ciudad de los vientos lo habría de hacer Prófugo Tito, con sus dos amigos rescatados Martín y Martina, precisamente en la nave *Un león y una fénix*, desde Nápoles una vez más. Este amanuense pondrá en sus labios la narración de aquella aventura en su momento

Más sencilla había sido la conexión con los tres componentes de la banda jivi que se habían quedado en Ceuta. Anunciada su búsqueda por la radio local y otras de radio-aficionados -la red de radio-aficionados comenzaba a ser un entramado de ágil funcionamiento y muy eficaz-, no fue necesario que Antonio SNP viajara a aquella ciudad. La electricista Aurora, o Chispas, Lala Paki y Sidi Kid habían pasado por tierra hasta la ciudad de los vientos con su cargamento de material electrónico recibido, a través del país que desde hacía poco tiempo controlaba el equipo de los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea, a su cabeza aún Yamel el Inflexible, en un furgón alquilado para la ocasión. Su llegada a la casa del reloj de sol, punto de cita acordado, se convirtió, sin ser planeado por nadie, en una gran fiesta.

Lala Paki y Sidi Kid, al contrario que la electricista Aurora -algo mayor que ellos, aún sin tener los veinticinco años, lúcida y buena organizadora-, eran una pareja de subyugante simplicidad. Pertenecían a una "especie" bien definida, a la que se conocía por entonces como los "pequeños diablos" o "diablillos" -simplemente "diablos" en el argot policial-, incontrolables y destructivos, desordenadores natos, risueños casi siempre y despreocupados por el después que fuera superior a unas horas o unos pocos días como mucho. Crecían en los suburbios de las grandes ciudades como hongos. Solían vestirse de la manera más extravagante y cómoda a la vez, procurando imitar con pobres telas y complementos los más refinados trajes de gran gala a la moda, y en combinación con las más llamativas y prácticas prendas deportivas novedosas; el resultado era espectacular de variado y fantasioso, carnavalesco y -si se analizaba- emocionante como caricatura sentida del gran mundo que desfilaba ante ellos sin la menor esperanza de que un día les pudiera ser accesible. Esto, sin embargo, hacía tiempo que nos les importaba a los "pequeños diablos": de ahí sus galas como banderas de conformidad, su actitud como bandera tal vez de lo contrario.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Pequeños diablos Lala Paki y Sidi Kid procedían, la primera, de la gran ciudad del interior, Madrid, el segundo de la gran ciudad de las Ramblas, Barcelona, pero en su manera de vestir y de expresarse no era fácil apreciar diferencias; zapatillas de corredores de fondo o de bailarines de las aceras y plazas, de colores brutales y llamativos cordones diríanse fosforescentes, pantalones ajustados como mallas de color, jaspeados o negros, en ocasiones holgados chándales, y minicamisas domo destrozadas adrede, o chupas de cuero claveteadas o chubasqueros, podían ser combinados, sobre todo por Lala Paki, con manteletas de tules y lentejuelas, faldas de terciopelo y hasta lamés o túnicas de damasquinados o de espejitos afganos. Con frecuencia, pues sus tallas eran similares, intercambiaban prendas y adornos o se pintaban o peinaban en consonancia. Cuando llegaron, con Chispas, a la casa del reloj de sol, hacía una semana que habían decidido cortarse el pelo al cero y extender las superficies maquilladas de su rostro a la parte superior y posterior de la cabeza, casi hasta el cogote. Al "peinado" resultante le habían puesto el nombre de "coco-bola". Un ojo de pupila dilatada en lo alto del cogote de Lala Paki y una boca abierta con la lengua fuera en el de Sidi Kid eran el último maquillaje que se habían inventado -mutuamente pintado, con ayuda de Chispas Aurora- y lo mostraban a todos con orgullo.

--Chupi, ¿no? -mostraba ufano Sidi Kid.

--Este también guay -se le adelantaba Lala Paki a la vez que exhibía su cogote-. Coco-bola.

Y todos se reían. Posiblemente su lenguaje hablado no excediera en mucho las cien palabras correctas, y éstas con múltiples y variados significados que dependían del gesto o de la risa y que podían ir deformándose o transformándose según los modos de hablar de los lugares por los que pasaban. Pero cuando Lala Paki empuñaba la guitarra de punteo como una metralleta o Sidi Kid se sentaba a la batería como ante un cuadro de mandos de una gigantesca computadora o de un avión, se transformaban en verdaderos monstruos y hacían hablar a sus instrumentos, según decía la Chispas Aurora. Era el momento de la música, de la comunicación sin más. Y el mundo podía tambalearse.

*

Este amanuense acaba de sentirse, tras una entrevista con otros amanuenses con más experiencia que él, un poco Lala Paki o Sidi Kid en cuanto a su tosco manejo de la lengua y de las construcciones gramaticales, de la redacción. Sabe que nunca podrá ser un estilista. Que la mente, con sus distorsiones, a veces tan insufribles, siempre terminará liándole de mala manera, haciéndole enroscar la frase por asociaciones de ideas que le asaltan a cada palabra o situación, a pesar de que intente controlar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

el desborde por medio de la escritura a mano a ritmo taimado,
que sus frases y los textos todos en los que intenta narrar eso
inenarrable tal vez que es la vida en el paraíso de las islas,
cómo surgió y cómo se impuso así, tal era, esos textos -estos textos-,
a lo mejor o a lo peor, mal que bien, no son o sean más que un posible
plano de ese laberinto del que hablara Antón Dolores, una foto fija
desde lo alto de esa como ciudad de muralla almenada
que debe de ser su dentro. Y sabe que, a pesar del retorcimiento
o enrevesamiento, que ojalá fuera lo que podría denominarse "estilo duna"
-"ese plano inclinado que gira, así, sobre sí mismo y vuelve
hasta mostrar su envés en sombra"-, pero que no sabe si será así
o pura tosquedad o torpeza, aunque intuye que no,
que un tanto premeditadamente es así como para mostrar algo
que no sabe bien qué es pero que otros sabrán -a él lo único
que le interesa es contar lo más rápidamente posible, porque no tiene tiempo
y desea además terminar pronto para poder descansar en otros menesteres
menos trabajosos, contar o narrar con el mayor rigor ese algo tan difícil
que le encargara el colectivo de amanuenses, ese capítulo
de la formación del paraíso de las islas-, que no le interesa
ni enderezar su frase enrevesada, ni poner al sujeto en su lugar -además,
¿cuál sería ese lugar?-, ni diversificar las pausas por medio de puntos,
comas, puntos y comas, guiones y paréntesis adecuados –aunque sabe
que otro amanuense amigo suyo tiene ganas de escribir un texto musical
jugando con estos elementos sobre todo-, que no quiere de momento
nada ajeno a la plasmación rápida por escrito de esa realidad naciendo
del paraíso de las islas, que tal vez un día se anime y entre
o intente entrar al menos en el intra-texto, pues consideraría que eso
supondría rizar aún más el rizo, o que si no lo hace él porque le resulte
aburrido, otro amanuense más paciente lo ensaye... Y que..., en fin.
Coletilla de amanuense.

Sigo.

*

La electricista Aurora Chispas podía ser esa cara iluminada de la duna
al amanecer, que al atardecer es envés en sombra de ese plano inclinado
que es la duna, o cara en sombra sin más mientras que en sombra queda
la que al amanecer fuera haz iluminado, si la quisiéramos comparar
con sus colegas de banda jivi Lala Paki y Sidi Kid. Quiere decir este amanuense,
con el estilo intrincado que acaba si no de glosar al menos de señalar,
que Chispas, Paki y Kid -con sus otros compañeros de banda-,
eran una hermosa duna de diversos y armoniosos planos.
Y que Chispas Aurora era muy diferente, hasta la otra cara de la moneda,
de sus compañeros recién llegados con ella. Y fue una broma
de este amanuense comenzar a describir a la muchacha, mejor mujer, así.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Aurora, la electricista de la banda jivi, era una hermosa mujer de unos veinticinco años. Pariente lejana de Sidi Kid, como él era originaria de la misma ciudad costera de las ramblas; sus familias respectivas procedían de otra región interior muy pobre; habían emigrado en tiempos para ellos inmemoriales a aquella ciudad, gran capital catalana, en donde los miembros varones de dichas familias habían llegado a ser obreros más o menos especializados de los sectores textil y metal. Aurora, desde muy joven, había tenido una certeza clara: detestaba el tipo de trabajo, la forma de vida y los ideales de la sociedad de la que formaba parte su familia. No le gustaba ni la manera de hablar, ni sus gustos culinarios, ni la planificación de su vida cotidiana, ni los mismos muebles ni la decoración de la vivienda familiar. Más aún, detestaba, y lo decía abiertamente, el hecho mismo de formar familia -si familia era aquello-, consideraba un error de mal gusto "emparejar" y abrir pisito chico de puertas cerradas y cama única y grande que inutilizaba una habitación completa de las pocas con las que contaba una casa al uso. Consecuente de alguna manera con ello, muy joven había dejado el domicilio de su familia y se había enrolado en trabajos de electricista que le habían prestado cierta cualificación profesional; con un grupo de gente de circo había comenzado a aplicar esos conocimientos al sonido musical en espectáculos y, en un viaje a la isla menor balear, Formentera, ya abiertamente al sonido de las bandas musicales.

La isla de Formentera, por entonces, se estaba convirtiendo en uno de los lugares de encuentro obligado para amplios sectores de chavalería, tal vez por su aspecto asilvestrado y debido a que habían logrado mantenerla al margen -sin duda también con la ayuda de su propia pequeñez- de la ola estandarizadora que había engullido a sus compañeras mayores del archipiélago balear. De la misma chavalería asidua de la pequeña isla había surgido un movimiento de conservación de los pinares de la playa Mijorn, a lo largo de la estrecha franja central de la isla; aquellos pinos atormentados por el viento, que en vez de elevar sus ramas hacia el cielo las hacían casi reptar hasta formar un sinnúmero de albergues vegetales peculiares, se habían convertido en uno de los más divertidos hoteles del mundo, respetado y mimado por sus moradores. En torno a la vida en el pinar, al que comenzaban a llamar el Hotel de las Lagartijas por la gran cantidad de estos animalitos que a todos divertían, comenzó a girar la vida de las masías vecinas y de la docena de casetas-chiringuito que se instalaron en el límite entre el pinar y la playa misma. Comidas y servicios comenzaron a depender de aquellas casas y casetas, mientras que la zona de pinar quedó reservada para el retozo y para el sueño. En el último chiringuito de la playa, desde el embarcadero, en honor de una antigua casa que allí había existido mucho tiempo atrás, se había construido un auditorio: la Casa Azul. Y la casa azul fue el centro de reunión de todos los isleños en la fiesta de la luna llena de cada mes, con la música como especial protagonista.

La electricista Aurora había conectado con la música precisamente en la casa azul -la casa de las ventanas azules le decían otros, pues en realidad tenía pintadas de azul sólo las puertas y ventanas-, y en la misma casa azul se había encontrado con su primo lejano Sidi Kid,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tres años más joven que ella y como ella fugado del domicilio familiar,
así como con Prófugo Tito, cuando aún era Tito a secas. Ellos tres fueron
núcleo inicial de la banda jivi, a la que nunca quisieron poner un nombre,
pero a la que pronto encontraron una mascota en el monstruo Tina.

Durante el tiempo aquel de Formentera
ya era popular entre los grupos Juan Bravo
a causa de las primeras campañas masivas que estaba lanzando.
Aquel verano mismo, en concreto, había sido la de los espías,
con gran cantidad de gente de los más diversos grupos movilizada.
Supongo que otro amanuense narrará pormenorizadamente aquellas campañas
liminares que colmaban de sentido -contenido físico casi- las ideas de Juan Bravo,
hasta su campaña máxima y última, la Operación Ulises
y la Gran Confederación Centro-Sur. Pero ya que aquí viene a cuento,
este amanuense hará una referencia a la "operación espías".

La campaña de espionaje masivo, iniciada aquel verano
en que Chispas Aurora conectara con la música en Formentera,
fue de larga duración -más de veinte años siguió la gente espiando
todo lo espiable a su alcance- y muy sencilla de planteamiento.
Estos eran algunos de los eslóganes: "¡Muerte a los secretos!",
"Abre puertas y ventanas: ¡espía!", "Espía lo más secreto y cuéntalo a voces",
"En el cuartel, en el despacho del alto ejecutivo, en la calle, en todas partes
donde alguien tenga algo que ocultar: espía y cuenta lo averiguado a todos!",
"Información total: todos a espiar y todos a hablar", "Desvela misterios:
espía y cuenta", "Guerra al susurro y al cuchicheo: ¡viva la alta voz!",
"Espía y habla: que todos medren porque todos sepan".

Eran una infinidad de lemas, similares a los de esta muestra breve,
y fueron repartidos por todas las islas y la costa en millares de carteles
divertidos y audaces. La chavalería se entusiasmó. Prófugo Tito recordaba
que él estuvo a punto de no desertar y cumplir su servicio de armas
sólo con la intención de convertirse en espía de secretos militares;
si al final no lo hizo fue porque un alto porcentaje de los soldados
habían pensado como él -a lo que se unía la responsabilidad sobre Antonio SNP
y la nueva banda naciente- y la prensa y la radio, todos los medios de comunicación,
no daban abasto a publicar tantos informes como les llegaban cada día.
Cuando la amplia red de radio-aficionados se sumó con entusiasmo
a la campaña, infinidad de secretos muy guardados se hicieron públicos;
planes estratégicos militares enfermizos y fabuladores, previsiones rocambolescas
de altos ejecutivos de pujantes compañías internacionales, beneficios paralelos
de banqueros respetados y hasta secretos de alcoba de tiranuelos moralizadores
y de políticos demagogos. Fueron meses, los iniciales de la campaña,
de orgía informativa. Luego se serenaron las cosas, si cabe.
Al año siguiente, comenzó a denominarse la operación
"Agentes dobles/Agentes múltiples", y todo el esfuerzo se destinaba
a coordinar las campañas de publicidad de datos secretos y al salvamento
o "liberación" de los informantes, en el caso, muy frecuente,
de que corrieran peligro de represalia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Precisamente en aquella fase, Lauari Bujudmi y su gente
de la ciudad de los vientos se pusieron en contacto por primera vez
con grupos que giraban en la órbita de Juan Bravo. El viaje mismo
de Antón Dolores se vería enredado por esas mismas conexiones:
no pocos "espías dobles/espías múltiples" pasaron su tiempo
de prudencial alejamiento de sus lugares de origen en los oasis del sur,
la casa del reloj de sol escala muy frecuentada.

El encuentro de Aurora con su primo lejano Sidi Kid en Formentera
se había dado en el contexto de la campaña de espionaje masivo.
Sidi Kid, batería de un jovencísimo grupo barcelonés llamado los Chuti-chupi,
estaba una noche del inicio del verano en un concierto en una hermosa plaza
del barrio gótico de su ciudad, plaza rodeada de bellos palacios
de traza sobria y esbeltas balconadas; en la última media hora del concierto
se había cansado de pitar y vocear con su panda del grupo,
los tres chutis y las dos chupis, en escena otro grupo que conocían
y que no soportaban demasiado, sonido y pinta muy diferentes
a los chuti-chupis.

--¡Pijos de mierda! -gritaba Sidi Kid,
y le entraron unas irrefrenables ganas de mear.

Se lo dijo a uno de sus colegas chutis.

--Ascolta, tú. Voy mear y vengo.

--Guay.

Se adentró en una callejuela cerca de la plaza. El griterío
no hacía más que subir de tono y generalizarse. Cálida, copiosa y relajante
discurría la meada -las malditas cervezas, las malditas anfetas-,
cuando un siseo le vino a incomodar. Lo primero que pensó
fue que era un maricón buscando rollo.

--¡Mierda! -masculló, y luego, hacia lo oscuro
de donde provenía el siseo- ¿Maricón?

Le respondió de inmediato.

--No, colega.

Una figura que impresionó a Sidi Kid comenzó a hacerse visible
a la luz de una farola. Terminó de mear, se subió la bragueta
y se acercó a la figura: pálido y de ojos desorbitados,
con la camisa llena de sangre, un chaval como él le tendió
un paquete diminuto.

--Toma, colega. Para los espías.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Sidi Kid tomó el paquetito e, instintivamente, se lo metió en el bolsillo. El otro miró aterrado hacia el fondo del callejón. Parecía que alguien venía apresuradamente.

--¡Ya vienen! ¡Vete! ¡Ábrete ya!

A Sidi Kid le impresionó de nuevo la mirada de terror en aquel rostro palidísimo y echó a correr hacia la plaza cercana. En el extremo del callejón se volvió un instante y vio a aquel chaval hacer frente, antes de desplomarse, a un par de sombras con sombrero. Corrió hacia su grupo de chuti-chupis y les gritó que le siguieran. Juntos volvieron al callejón a toda prisa: ni rastro del chaval, ni rastro de las sombras con sombrero. Sidi Kid se palpó el bolsillo del pantalón. Allí estaba el paquetito. No lo había soñado. Casi en la salida del callejón, a la luz débil de la última farola, un pequeño reguero de sangre: por allí se lo habían llevado. ¿A dónde? Las calles siguientes parecían vacías.

Aquella misma noche hubo reunión de chutis, chupis y otros amigos. En el paquetito había una película minúscula.

--Eso es un microfilm -dijo una chupi.

--¡Ondia! -se asombró Sidi Kid.

Todos le miraron. En unos minutos habían decidido que él, Sidi Kid, era el hombre elegido. Reunieron el dinero de todos y se lo dieron.

--A Formentera, tío –dijo una chupi.

Era el lugar más cercano y seguro en donde sabían que se concentraban más espías y grupos de amigos de la música y de Juan Bravo. Por la mañana temprano estaba en el barco para las islas. Otro colega le sustituiría de chuti en la batería durante la ausencia.

--¡Telefonea, Kid! -le gritó desde el muelle la chupi que más quería.

Dos días después se encontraba con la prima lejana Aurora en Formentera. Ella le ayudó a dar con los espías. El microfilm resultó ser un informe -edificio, instalaciones, nombres concretos y dirección en el último fotograma- sobre un laboratorio clandestino de drogas adulteradas en el mismísimo barrio chino barcelonés; de allí habían salido, supieron luego Kid y Aurora, no pocas drogas de las que estaban causando estragos entre los grupos de "pequeños diablos" de su ciudad. Recordaron los amigos muertos más recientemente.

--Nos querían matar a todos como a ratas -comentó airada la electricista Aurora.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A los pocos días lo publicó la prensa: la policía, vigilada por grupos de "pequeños diablos", desmanteló un laboratorio clandestino de drogas adulteradas en pleno barrio chino barcelonés.

Sidi Kid telefoneó a sus amigos.

--Formentera, chupi de bien. Guay -les dijo-. Abriros para acá. Menda queda aquí.

Una semana después Aurora y Kid conocían a Tito. A finales de verano, a Lala Paki, guitarra solista "pequeña diablesa" de la gran ciudad del interior, y a principios del otoño los cuatro viajaron a la costa del sol, a la zona de Mojácar en Almería, en donde se encontraron a Antonio SNP, Martín y Martina. Antonio SNP se había ofrecido como esclavo a Tito, pronto ya Prófugo Tito, y todos juntos habían hecho salir adelante la banda jivi que adoptó a Tina como mascota.

> Este amanuense cree haber sintetizado al máximo todo lo que los protagonistas de la banda narraron en la casa del reloj de sol a su nueva gente. Sólo queda el relato de Prófugo Tito de su viaje de rescate en Siracusa y Nápoles. Vamos allá...

5.

El rescate de Martín y Martina en Siracusa y la paliza al pirata Escandalera, contada por todos al alimón

> ...Vamos allá.

Prófugo Tito se había embarcado en el primer barco que zarpó de la ciudad de los vientos hacia Italia. No le había sido difícil a Sherico, desde niño en el ambiente marinero de su ciudad, conseguirle aquel viaje, y más fácil le había resultado por la circunstancia de que uno de sus amigos, Titi Bentata, se había enrolado de cocinero en aquella nave. Durante la travesía Tito cubrió el puesto de ayudante de cocina de Titi.

--Fue bien divertido -contaría Prófugo Tito, ya de regreso a la casa del reloj de sol-. Titi Bentata era tan hábil cocinero que era capaz de hacer comer a la carta a toda la marinería, según

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

su tipo de trabajo y hasta según estuviera de guardia la gente, en trabajo duro
de máquinas o cubierta, o de descanso. Recuerdo -y se reía al recordar-,
recuerdo los experimentos que llevó a cabo con la comida
de un chaval grumete que se llamaba Pin. El grumete tenía buen carácter,
no sabía mucho de mar porque decía que era de la montaña, de un valle
que le llamaban Pas, con lo que Titi Bentata le decía Pin del Pas o Pin ta Pas.
Al Bentata el nombre le hacía mucha gracia y se reía al comentar
que Ta Pas, así, sonaba vagamente a pelea en el argot de su ciudad,
con lo que cuando le decía Pin ta Pas más o menos le llamaba Pin Peleas,
y eso era lo que le hacía la gracia, unido al carácter del grumete,
siempre en estado de estupor, sorprendido de continuo
con sus pequeños descubrimientos de las cosas de la mar. Estaba
en viaje de huida el llamado Pin, al parecer recién liberado
de un mal contrato de esclavo, y eso hacía que al Bentata le cayera mejor el chaval.
Pues bien: durante casi toda la travesía el Bentata mantuvo al Pin
en trance de alucine permanente a base de una salsa de hachís que le suministraba,
de preferencia con gambas. "Ya verás", me decía el cocinero, "estate al tanto
cuando Pin tenga que ponerse a baldear la cubierta de popa". Y así era.
Allí había que ver al Pin del Pas zumbado de un lado para otro,
muerto de la risa por cualquier pequeño incidente que pasara a su alrededor,
intentando sacarle brillo a una tuerca o a un eslabón de la cadena del ancla,
fascinado ante el marco redondo y dorado de una claraboya...
Poco antes de desembarcar en Mesina, Titi Bentata tuvo que ir
a explicarse con el capitán de la nave; el grumete Pin
había organizado tales desaguisados en los camarotes de la marinería
que el capitán había ordenado que lo encerraran hasta que se le pasara
aquel extraño estado de agitación y risas. Al enterarse Bentata
de que el capitán había amenazado al grumete con dejarle en tierra en Mesina
y prescindir de sus servicios, le explicó todo al capitán e, incluso,
le hizo probar de aquellas gambas con salsa de hachís... En las maniobras
de atraque en Mesina, el capitán se pasó cantidad y algunos de sus compañeros
le dijeron luego que habían temido zozobrar por las no sabían
si clarividentes o disparatadas órdenes recibidas para aquella maniobra.

A su regreso de Italia, Martín y Martina contaron también la odisea
en el barco del pirata Escandalera,
tras el engaño que les hiciera separarse de SNP y de Tito.

--Era muy cuco el Bartolillo -contaba Martín-. Todo el viaje
hasta la ciudad de los vientos se lo pasó llamándonos "hijitos queridos",
a mí Martinito y a Martina Martinita, lo que no nos hacía gracia
pero, como nos mimaba tanto, y nos daba caramelos de fresa y de anís,
pues no le decíamos "oye, tío, que me llamo Martín, no Martinito..."

--Y siempre con sonrisitas y caricias –completaba Martina-, que si
"qué linda carita tienes, Martinita", que si "¡huy, qué pelo más rubio y sedoso,
talmente hilos de oro!", y memeces por el estilo que una, si no hubiera sido
por lo que era, pues que nos estaba haciendo un favor,
pues se le hubiera plantado delante y le hubiera dicho, "Bartolillo,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

no te pases, que una no es lerda". Porque a mí, ya desde el principio,
me jodía tanto manoseo y tanto Martinito y Martinita,
¡me lo olía todo, vamos!

--Por eso nos pasó lo que nos pasó -muy serio Martín-. El Bartolillo
no había dejado de recordarnos que sus cartas de Formentera para gente de aquí
eran una llave maestra que nos abriría todas las puertas. Y Prófugo Tito
sabía que era así, que así funciona la gente, con cartas de casa en casa
y de lugar en lugar. Por eso cuando llegamos al puerto
el hijoputa del Escandalera nos reunió a los cuatro y dijo -y Martín
inflexionó la voz cómicamente-: "Hijitos míos: vosotros dos,
cuando terminéis de cargar nuestro buque, podéis subir a la ciudad
y buscar las direcciones de estas cartas, mientras que Martinito y Martinita,
aquí conmigo, prepararán vuestro material electrónico para descarga
y con el fin de no dejarlo expuesto demasiado tiempo a las intemperies marinas".
Y nos lo tragamos así, mira tú, enterito. Nos pareció una delicadeza
por su parte y ni idea de la putada que tramaba.

--Nada más os fuisteis vosotros dos, Antonio, Tito y tú –de nuevo Martina-,
el Bartolillo nos llevó a su camarote de capitán y nos invitó
a tomar café con leche y galletitas de coco, de esas que sabía
que nos gustaban tanto, siempre con palabras zalameras y que si Martinito
para aquí y Martinita para allá. Yo me contenía, por lo de siempre,
pero miraba a Martín, nos poníamos a comer como tontos para no tener
que darle palique, y el Escandalera venga a sobarnos el cogote y palmearnos
los hombros y la espalda, y "¡huy, cómo me gusta veros comer con esas ganas!",
y así. Supusimos que aquel café tenía alguna droga
porque tanto Martín como yo no nos enteramos de nada.

--Sí: despertamos en la litera del camarote que habíamos ocupado
durante la breve travesía, en donde teníamos todo el material del grupo jivi
-continuó Martín-. Y aquello se movía como cuando estábamos en alta mar.
Le pregunté a Martina que qué pasaría y ella, allí medio adormilada aún,
no tenía ni idea. Luego vimos que la puerta estaba cerrada por fuera;
aunque el pestillo interior no estaba dado, no se abría. Empezamos
a mosquearnos, aporreamos la maldita puerta, dimos voces llamando
a Antonio y a Tito, pero como si nada. Cuando estábamos más desprevenidos,
así tumbados en la litera y medio zombis aún, como con resaca,
se abrió la puerta al fin y apareció el Escandalera con otro fulano
torvo y malcarado, el jefe de máquinas creo que era, todo sucio y pringoso.

--Era el jefe de máquinas, Martín -rápida Martina-, yo le conocía bien
porque siempre andaba tirándome envites y me manchaba las culeras
de los pantalones con sus manazas grasosas. Yo no os lo decía para no incordiar,
pero desde el principio aquel tiarrón malencarado estaba obsesionado
con tocarme las tetas y las nalgas...

--Bueno, no sé por qué, pero hay mucha gente a la que le gusta eso.
A mi me pasaba lo mismo..., pero qué le vas a hacer, ¿no? -y el Martín

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

se mostraba como ensimismado al decir estas palabras, su peculiar gesto
más triste a la vista de todos, como puesto de manifiesto su interior perplejo
ante la realidad que es el comportamiento ajeno que siempre le afectaba
tan directamente y tan sin él quererlo o controlarlo, tal vez sin comprenderlo.
Luego reaccionó, casi imperceptible sobresalto-. El caso es que el Escandalera
nos dijo, con un tono que en nada recordaba al que había utilizado con nosotros
hasta aquel momento, nos dijo que estábamos ya en alta mar,
lejos de la ciudad en la que se habían quedado nuestros dos colegas,
vosotros dos, a los que nunca volveríamos a ver.
A Martina le entró muermo al escuchar aquello y se echó a llorar.

--Muermo no, tú, cabreo -puntualizó Martina.

--Vale, cabreo o como lo quieras llamar. A mí me dio un pronto
y eché a un lado al maldito gordo aquel y quise salir, no sabía para qué,
pero salir a cubierta, me entraron ganas de correr. Pero en la puerta
estaba aquel murallón grasiento que era el maquinista, y de un solo bofetón
me dejó sentado frente a él, despatarrado, y se reía el hijo puta.

--Yo, toda llorona y moqueando, le arreé una patada en la espinilla al Bartolillo,
que decía "¡huy, huy!", como una rata, y arremetí contra el fulano de la puerta.
Le soltaría dos o tres puñadas, pero no debieron hacerle daño porque se reía.
Terminó alzándome en vilo y lanzándome sobre la cama alta de la litera
entre risotadas. Luego Bartolillo y él se fueron y echaron la llave
con mucho ruido de hierros, como en las mazmorras
de las historias antiguas de miedo.

--Aquello se estaba pareciendo cada vez más a una historia de miedo -Martín,
otra vez--. Antes de cerrar, el Bartolillo nos había dicho que ya se habían terminado
las pamplinas y los caramelos de fresa y las galletitas de coco;
y que nos preparáramos para empezar a currar, que a nadie
se le daba gratis la comida. Una hora después llegó un fulano,
el que decían abogado, con dos papeles para que los firmáramos,
que eran dos contratos para pasar a esclavos. Al principio no queríamos,
pero el tipo abogado nos dijo que nada de comida ni de agua
hasta que no firmáramos y, después de algunas horas, decidimos firmar.

--Pero lo hicimos con otra letra, con una firma que no era la nuestra.
Yo, que sé escribir, y no como este, que no sabe, firmé con una cruz,
como si no supiera, y a Martín, que no sabe, le enseñé
las iniciales de su nombre, M y M, que no fue difícil.

--Martín Marsellés, que a mi padre le decían así, el Marsellés.

--Y con MM y un garabato coló la cosa, que luego fue bueno,
porque se lo explicamos al juez. Él se dio cuenta de que éramos nosotros
los que decíamos la verdad y no el pirata.

--Luego nos dieron de comer y nos pusieron a trabajar, a barrer

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y a fregotear por el barco entre la gente que nos trataba, la mayoría,
a baquetazos. Y ya no volvimos a ver al Escandalera,
si no era de lejos, hasta Siracusa.

--A mi me pusieron a las órdenes directas del tío maquinista
-contaba Martina muy excitada-, que no hacía más que lanzarme manotazos
en cuanto podía, y yo me ponía fiera, me manchaba toda de grasa y de tizne adrede,
y él se reía y hasta parecía que le gustaba más así. Creo que terminé
haciéndole gracia y me molestaba menos y se reía con mis pasadas.
Me mandaba que me lavara, pero yo no le hacía caso y, si me lavaba
las manos y los brazos, me engrasaba la cabeza toda, el pelo y la cara, y así.
Creo que toda la tripulación terminó mirándonos con buenos ojos
y ayudándonos a salir airosos de las putadas del Escandalera.

--Ya en Siracusa, tuvimos que descargar todo el material
que traíamos de España. Lo de la ciudad de los vientos había sido
una descarga simbólica de unas horas de escala sólo, y lo que descargamos
en Siracusa era para que lo llevara a oriente otro barco. Luego,
la cosa se puso más fea aún. En el puerto esperaban al Escandalera
otros dos barcos de dos socios suyos, uno muy viejo y nervioso
que siempre parecía que estaba enfadado y que le decían Pato, o Cisne, o algo así,
y otro alto y muy elegante que caminaba muy estirado, como sin conocer a nadie,
y que le decían don Archibaldo cuando estaba presente, pero el don Cabrón
cuando era la marinería a solas quien hablaba de él.

--Y a mi me quisieron llevar al barco de ese don Cabrón
para separarme de Martín, pero me escapé.

--Déjame contar a mí, Martina. Luego cuentas tú... Por eso decía
que las cosas se habían puesto más feas aún. Nada más llegar a Siracusa,
el maquinista que hacía de medio gorila del Escandalera vino a por Martina
para llevársela consigo. Le hicimos frente, pero terminó por cargársela a hombros
y llevársela. Nos dijo, de todas formas, que no nos preocupáramos,
que se la llevaba a otro barco, que su contrato estaba a nombre
de don Archibaldo y el mío al de don Bartolillo. Luego ya no supe más
hasta media tarde; volvió el maquinista muy enfadado y, sin darme
ninguna explicación, me cogió en vilo y me llevó a cubierta
y me ató en el mascarón de proa. El barco del Escandalera,
al que vi por cubierta paseando de un lado para otro muy enfadado,
dando órdenes a los que venían a verle y lanzándome de vez en cuando
miradas torvas que me hacían temer lo peor..., el barco del pirata aquel
tenía un mascarón que a mí siempre me había producido desasosiego;
era un jesucristo de media cintura para arriba, desnudo y todo ensangrentado,
con un cabezón todo lleno de pelos y de espinas y heridas con sangre,
y gesto de dolor. Pues allí me tuvieron atado, junto al careto aquel,
que cada vez que me volvía y lo veía se me ponían los ánimos aquí,
mira tú, en el gorguero... Y ahora cuenta tú, Martina.

--Gracias, colega chuti -socarrona, Martina estaba muy animada

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

al tomar su turno de la narración-. Pues cuando el maquinista me estaba llevando
al barco del don Cabrón aquel, nada más bajar la pasarela
del del cristo del Escandalera, le dije que iba muy incómoda allí arriba,
que me dejara bajar de lo alto de su espalda y que le prometía que iría
de su manita por el muelle sin montar ningún escándalo. Se reía el paisano aquel,
pero al fin me dejó en tierra y un rato fuimos de la mano, así, tranquilos.
Cuando estuvimos a la altura del barco en el que tenía que trabajar yo,
di un tirón y me escapé. Eché a correr muelle adelante
mientras el maquinista avisaba a algunos marineros para que le ayudaran
a pescarme y, creo que tuve suerte, a un chaval que pasaba en una motocicleta
le dije que me salvase, que me perseguían unos piratas para hacerme esclava
contra mi voluntad. El chaval aquel fue bien bueno y bien legal.
Me dijo que saltara a la moto y, a toda máquina, se metió
por entre los barracones y callejas y, cuando me quise dar cuenta,
estábamos en el corazón de la ciudad antigua en donde él tenía colegas
y lugar para esconderme. Se llamaba Tonino.

Martina hizo una pausa, como para ordenar ideas,
que aprovechó Martín para intervenir.

--Yo estuve atado a aquel cristo toda la noche y todo el día siguiente...

--¡Ahora me toca a mí, listo! Luego hablas tú. Tonino fue
un colega bien legal. Me escondió en la tahona de un amigo suyo,
cerca de una iglesia muy grande que conservaba columnas viejísimas
de un templo a la diosa del amor, que me enseñó Tonino y me contó la historia,
y me presentó a gente que trabajaba con papeles muy antiguos
que se llaman papiros y hacían cosas muy bonitas para turistas,
como egipcios y egipcias que caminaban y se sentaban de perfil... Muy bien;
aunque estaba escondida no me aburría nada porque me sacaba Tonino
o alguno de sus amigos a pasear cuando veían que no había peligro
de marineros desconocidos a la vista. Hasta me llevaron a ver una vez
teatro de muñecos, que era una pasada de divertido,
con guerreros antiguos y caballos...

--No te enrolles, Martina. Ya sabemos que te lo pasaste muy bien
con el Tonino -cortó Martín-. Cuenta lo del juez para abreviar.

--Vale, pero lo de estar un par de días así, como turista y bien tratada,
da mucho gusto. Los amigos del Tonino que tenían motocicletas
se constituyeron en comando para ayudarnos y, mientras uno se enteraba bien
de eso del juez y de lo que había que hacer para romper un contrato de esclavo,
otros vigilaban el barco del Escandalera y el del don Cabrón,
o buscaban en sus casas y en las de otros colegas cosas para comer y tal.
Ellos me dijeron cómo había estado atado mi compañero, tú, Martín,
al parecer para atraerme a mí hacia el barco, cómo luego ya no estaba atado
allí a la vista, seguramente cuando el juez había comenzado a hacer averiguaciones,
y uno de ellos fue, al tercero o cuarto día, el que me avisó de que había llegado
un barco correo en el que venían dos chavales haciendo averiguaciones

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sobre nosotros, que luego supe que eras tú, Prófugo Tito,
y tu colega el Titi Bentata. Cuando el agente en Siracusa del capitán Mengano
nos localizó, ya estaba todo prácticamente hecho. Y ahora te toca a ti, Martín.
Ya puedes contarnos cómo se pasaron contigo.

Martín comenzó sonriente.

--Mientras Martina andaba de turista por Siracusa...

--¡No seas borde! Ya sabes que nunca me olvidé, ni un minuto siquiera,
de que tenía que rescatarte...

--Ya lo sé, fiera. ¿No puede uno arrancar en broma? Pues eso.
Mientras la Martina se lo montaba en tierra, que se lo montó muy bien,
a mi me tenían realmente preso. Después de una noche y un día atado
al mascarón, me bajaron al despacho del Escandalera. Allí estaban
los tres socios reunidos y, con buenas palabras y con amenazas, al alimón,
quisieron hacerme firmar otro papel y ayudarles a buscar a Martina.
Yo les dije que no firmaba más nada, además de que no sabía firmar,
y que Martina ya se las arreglaría ella, que ya volvería si quería.
El viejo Cisne, que era el que menos hablaba, intentó convencerme
de que nuestra colaboración en no sé qué sagrada misión en oriente
era importante, pero yo le decía que no entendía nada de sagradas misiones
y que lo que quería era abrirme de allí con la Martina. El Escandalera
quiso hacerse el simpático, comenzó a llamarme hijo y Martinito otra vez,
pues hasta entonces me había llamado mequetrefe y tipo y cosas por el estilo,
y yo me harté. Le dije que no fuera tan estúpido de creerme a mí zote o estúpido,
que eran palabras que él había utilizado antes, que ya sabía bien
lo que él buscaba, esclavos y rollo malo, y a mí que me dejara en paz.
Así que volvieron a encerrarme otra noche y otro día completos
y, a la noche siguiente, me sacaron sigilosamente y me condujeron a tierra,
creo que cerca de una estación porque oía trenes. En aquel lugar
me pasé encerrado otros dos días, creo, comiendo mal y durmiendo peor,
en un camastrón con todos los hierros fuera, como si durmiera sobre una reja.
Hasta que oí la movida del asalto y los gritos del Escandalera
diciendo que aquello era ilegal, allanamiento de morada,
y que pedía la presencia de la policía judicial.

--Ahora me toca a mí -a Martina se la veía muy ufana
a estas alturas del relato-. Los amigos de Tonino consiguieron averiguar
quién era el juez al que había que acudir para los asuntos de esclavos,
pero resultó que era un juez de Palermo el que nos tocaba a nosotros
e iba a tardar un tiempo en poder intervenir. El juez de Siracusa, sin embargo,
fue muy atento con nosotros. Nos dijo que pusiéramos una denuncia
por lo de los contratos que no queríamos y otra por lo del material de la banda jivi,
por robo o así, nos explicó cómo se hacía, y fuimos ganando tiempo.
Cuando, por fin, uno de los comandos localizó a Prófugo Tito y al Titi Bentata,
ya estaba todo bastante avanzado. El juez de Siracusa nos dijo que el de Palermo
había respondido muy bien y que la computadora tenía recogidos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

muchos conflictos de la pandilla del Escandalera con los esclavos,
que eran tipos de cuidado aquellos y que creía que había toda una red
de tráfico de esclavos hacia oriente, sobre todo de chicas chupi de guapas
y de chicos chuti de jóvenes.

Prófugo Tito sintió necesidad de intervenir en el relato
y le pidió la palabra a Martina. La chica asintió,
encogiéndose de hombros.

--El Titi Bentata y yo, nada más llegar a Mesina, hablamos con el capitán
de nuestra nave y le dijimos que necesitábamos tres días de permiso
para ir a Siracusa a localizar a unos colegas raptados por un pirata.
El tío estaba un poco flipado todavía con las gambas
que le había preparado el Bentata, pero le explicamos un poco la cosa
y nos dio el permiso. Nos insistió, sin embargo, sobre todo al cocinero Titi,
en que volviéramos en el plazo previsto para seguir viaje. Pin del Pas
nos rogó que le lleváramos con nosotros; pero juzgamos que era mejor que no,
por lo que pudiera pasar, pues era un crío muy despistado y poco ducho
en movidas que precisaban de rápidos reflejos. Así, de Mesina
pasamos a Siracusa el Bentata y yo en una barquita correo de mensajeros
que hacía el viaje a diario. El mismo día de nuestra llegada, al atardecer,
habíamos localizado ya el escondite de Martina. Resultó mucho más fácil
de lo que esperábamos: sólo tuvimos que preguntar a media docena de chavales
y uno de ellos nos llevó adonde se reunían los motorizados,
junto a una heladería en el muelle mismo de la ciudad vieja.
Un chaval, el Tonino, después de hacernos un verdadero interrogatorio,
hizo una señal y se nos acercó una titi toda vestida de cueros con remaches
y con gafas oscuras y con la cara muy pintada. Y nada más vernos
se empezó a morir de la risa...

--Esa era yo -saltó Martina-. Iba tan bien camuflada
que ni me reconociste, ¿eh, Tito?

--Sí. Quien menos me podía imaginar que fuera aquella vampira eras tú.
En pocas palabras me contaste todo lo sucedido, localizamos el barco
del Escandalera y tal, y preparamos el ataque. Lo primero que se nos ocurrió
fue que aquella misma noche teníamos que entrar en acción, no fuera a ser
demasiado tarde. Organizamos una manifa de motos hasta el pie
de la pasarela del barco del pirata y Tonino y yo pedimos a la guardia,
que había izado la pasarela al vernos llegar, hablar con el capitán
y ver al Martín. Nos dijeron que el Martín no estaba allí,
además de que estaba contratado legalmente por el Bartolillo Escandalera.
A cubierta sólo salió un tipo que dijo ser su abogado, pero ni rastro
de quienes buscábamos. Debió ser a raíz de aquella visita
cuando te trasladaron a la casa en donde te encontramos al final, Martín.

--Sí, porque fue de noche, con mucho misterio, y escoltado
por tres tipos en un furgón. Uno de los tipos, que le decían Pejerto,
parecía buena gente, no se le veía contento con la cosa, pero debían tenerle

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

muy comido el coco porque, hasta la pelea final, se mantuvo siempre
con el Escandalera y creo que siguió luego en su mismo barco.

Martina no podía contener sus ganas de hablar,
y fue ella la que continuó el relato.

--Cuando los de la casa consignataria del capitán Mengano nos localizaron,
ya habíamos salvado a Martín. Fue la aventura más bonita. Durante dos o tres días
todos los chicos de las motos se dedicaron a espiar a todos los marineros
del barco del Escandalera. Uno llegó a hacerse amiguete de un tal Chacón,
en una trattoria, y medio se emborracharon juntos con botellones de cerveza
de los de a litro pues el tío estaba muy quemado con el trabajo
que tenía que hacer; aunque no le pudo sacar qué trabajo era, luego le siguieron
sin que él se diera cuenta y fue la primera pista. Resultó ser el encargado
de echarle de comer al Martín cada día en la casa en la que le tenían encerrado,
cerca de la estación.

--Sí, ese venía a la casa todos los días y el tal Pejerto y otro más
que le decían Rafi o Rifi o Rififí el Mantero, o el Montero, o algo así,
vigilaban permanentemente.

Martina continuó.

--Cuando Tonino lo supo, fue él en persona quien se dedicó a vigilar al Chacón.
Al día siguiente teníamos localizada la casa. A mi no me dejaron intervenir,
pero conseguí subirme a la azotea del edificio de enfrente y, desde allí,
vi todo como si fuera una peli de polis yanquis y gángsteres peligrosos.
En cada esquina de calle donde estaba la casa había un comando de tres motos,
y cinco chavales habían subido a la otra azotea con maromas
para descolgarse a cada ventana de la casa como si fueran escalas. Enfrente,
otro y yo, con cámaras y una filmadora, tomamos todo lo que pudimos.
Prófugo Tito, con un megáfono, Tonino y otros amigos, desde los portales
vecinos de la casa y desde el piso de arriba de donde tenían al Martín,
dirigieron la operación. Primero, Tito les dijo con el megáfono
que estaban rodeados y que se rindieran. Los otros debieron llamar por teléfono
al Escandalera porque, a los cinco minutos, estaba allí con el tipo abogado,
el maquinista y otros dos. Tito se le encaró en el portal y el Escandalera,
al reconocerle y ver el montaje de las motos en las esquinas,
subió al piso mientras en el portal se quedaban el maquinista y los otros dos.
Los que estaban en el piso de más arriba bajaron y se colaron
con el Escandalera y el abogado en su casa. Y empezó la batalla.

--Al Pejerto y al Rififí, o como se llamara, le pusieron los ojos morados
al primer enfrentamiento y el Escandalera salió a la ventana gritando
que viniera la policía judicial, que le estaban allanando la morada -Martín
hablaba muy animado-. Pero la habitación donde yo estaba no la podían abrir
y teníamos que comunicarnos a través de la puerta cerrada.

--Fue entonces -era Prófugo Tito- cuando Tonino salió a la ventana también

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y nos gritó que ya te tenían localizado. Comenzamos el asalto al portal.
Los de las motos confluyeron todos allí, yo le aticé al maquinista
con el megáfono en la cabeza y le dejé desvanecido patas arriba,
a los otros dos los ataron con cuerdas a las motos y los de la azotea
lanzaron las escalas y se descolgaron, cada uno a una ventana.
Fue una pasada. Al Escandalera le echaron a rodar escaleras abajo,
y gritaba "huy, huy" con aquellos chilliditos que se le escapaban
cuando estaba asustado...

--Yo también me eché escaleras abajo de la casa de enfrente -eufórica
Martina- y llegué a la vez que los socios del pirata, el Cisne y el don Cabrón.
Me di a conocer, así, chula, porque se lo merecían, y me calmaban
diciendo que no era para tanto, pero yo les lancé dos bofetadas a cada uno
y me quedé como una reina, mira tú...

--Los de las maromas entraron por las ventanas al piso, menos uno
que se deslizó sin querer y fue a dar una tremenda culada encima
de los dos socios del pirata. Si no se les cae encima, seguro que se mata el chaval;
todo se quedó en un susto. El chaval se reía y los dos socios se dolían
de todos los huesos.

--El piso estaba abarrotado de gente cuando llegó la poli,
todos contentísimos y celebrando la liberación del Martín. Al Escandalera
y a los dos socios se los llevaron al hospital para ver si se habían roto algo,
pero nada. Eran duros. Sólo magulladuras -Prófugo Tito hablaba animado-.
En la comisaría, a donde fuimos todos, salvo Martín, Martina y Tonino
que se escaquearon y se escondieron en el refugio de la tahona
por lo que pudiera pasar, declaramos todo lo declarable y, luego, el juez
puso orden en el asunto. Al Escandalera le quitaron los contratos de esclavo
de nuestros amigos y le hicieron renovar todos los otros que tenía.
Lo curioso es que no tuvo casi ningún problema con ningún esclavo;
todos renovaron, o casi todos, yo no lo supe pues allí seguían cuando nos fuimos.
Hay a quien le va la marcha. Titi Bentata volvió a Mesina,
como habíamos quedado; para él, todos estábamos locos.
Yo le envié las gracias al capitán de su barco y le pedí disculpas
por no incorporarme. Luego llegó el capitán Francesco Mengano
y en su nave *Un león y una fénix* volvimos a la ciudad de los vientos los tres.

--Tonino y otros amigos y amigas de Siracusa nos prometieron visita
y nos invitaron a toda la banda jivi a tocar en su ciudad cuando quisiéramos
-terminó Martina-. Son unos tíos y unas tías chuti-chupi de buenos y legales.

6

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Aunque al amanuense le aburre ya este relato, pasa a contar algo sobre los primeros viajes a los oasis del sur de los grupos y las primeras reflexiones de Antón Dolores en torno a la trinidad y del padre del cuchillo en torno a la paternidad

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, y Antón Dolores
se habían divertido mucho con el relato al alimón de los chavales.
También Francesco Mengano les había informado sobre el asunto.
Eran bien conocidas las actividades del Escandalera, siempre en la linde
de la ilegalidad, aunque muy bien asesorado por sus técnicos juristas;
sus colegas de la mar, como el capitán Mengano, no se extrañaban ya de nada
que pudieran oír de las pasadas del pirata y, aunque le paraban los pies
si se extralimitaba, le dejaban hacer al mismo tiempo que lo evitaban.
Al interés del padre del cuchillo por aquel magno proyecto
de unificación dinástica de tres reinos orientales, el capitán Mengano,
que lo conocía, le contó, jocoso, que el tal proyecto se había visto reducido
a un simple abastecimiento de esclavos y productos ponentinos
para los tres famosos reinos. Al parecer, la fecundación de una de las reinas
con óvulos y esperma de los otros dos soberanos no había sido fácil
y habían tenido que repetir varias veces la operación. Sin éxito:
siempre terminaba desprendiéndosele el fetito a la soberana. En Mónaco
estaban acostumbrados a noticias últimas sobre el experimento
y las revistas del corazón lo usaban como carnaza informativa del morbo más subido.
A él, a Francesco Mengano, aquello le parecía algo peregrino y sin futuro;
pero lo del transporte de mercancías y esclavos sí funcionaba, y el Escandalera
y sus socios mantenían las naves permanentemente ocupadas con aquellos fletes;
calculaba, incluso, que pronto el Escandalera dejaría la bandera corsaria
para pasar a navegar bajo pabellón de una de las reinas de oriente,
aquella que prestaba su ovario con reiteración a sus vecinos
en busca de heredero común.

En fin. Francesco Mengano, después de dejar a los viajeros de la banda jivi
en la ciudad de los vientos y después de visitar la casa del reloj de sol,
recién inaugurada, recordó a Lauari Bujudmi su futura entrevista en Nápoles
y siguió con su enésimo periplo mediterráneo en la airosa *Un dragón y una fénix*,
una bella sirena de mascarón y, junto a su enseña oficial, la bandera blanca
que pronto pasaría a convertirse en bandera de los grupos,
futura bandera de la Gran Confederación.

*

Este amanuense siente la necesidad de -una vez más— hacer un alto
en el texto en el momento en que comienza a aburrirle este. Y es que cree

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que su vida actual de reposo diríase obligado en una pequeña y delicada
ciudad del interior -cercana a la gran ciudad del interior
que tanto amara un día y aún ama- le está como anquilosando
cuerpo y pluma.

Hace muchas reuniones de amanuenses que éstos lo han discutido
y lo tienen claro: una vida apasionante es capaz de crear
un texto apasionante; quien quiera inyectar "dramatismo" a sus textos
tiene que "dramatizar" su vida; quien quiera cambiar su expresión
tiene que cambiar su comportamiento. Estaba claro
que un buen burgués de antaño sólo podía escribir una literatura burguesa;
insatisfecha, si aquejado de insatisfacción ante la realidad; si su dentro
era tortuoso, tortuosa aquella. Estaba claro que las historias
del paraíso de las islas sólo podían ser contadas con verismo
por sus protagonistas directos; que si alguien exterior al "mogollón"
-perdón- montado intentaba ser cronista de aquello, su narración
podía resultar -si no incomprensible- falsa. Sólo los antiguos
que tuvieron fe en el "theos" pudieron escribir teología;
como Antón Dolores, por ejemplo, sin duda el último teólogo.
El caso más patético y hermoso que este amanuense conoce es el del autor
de la historia de "Arnoldo el maricón", cuando -sin que ello
le atrajera demasiado, sino todo lo contrario- busca hacerse encular
y encula él mismo a otros en aras de su proyecto de trabajo.
Gran investigador. Elementales consideraciones -piensa este amanuense-,
pero de alguna manera necesarias. Deslumbrante tal cual sea o es.
Vida o transcurso y reflexión.

Debo continuar, aunque me cueste el arranque, con la primera serie
de grandes viajes de Antón Dolores y Lauari Bujudmi. Viajes al sur del sur,
a los oasis y antiguas ciudades de las caravanas, que fueron "necesarios"
-y este amanuense duda una vez más de su capacidad expresiva:
¿qué es necesario y qué puro azar?- para la fijación
de toda una "doctrina". Previa a otras "doctrinas", perecedera por lo tanto,
pero en un futuro inmediato operativa, desmontadora de tonterías
y creencias anquilosadas, provocadora de verdaderas explosiones
de vida y acción, aglutinadora de grupos en marcha puesto que en el medio
de grupos en marcha había surgido poderosa y firme.

Antón Dolores se lo había expresado al padre del cuchillo en pocas palabras:

--El mar es la más densa y sutil imagen de la posibilidad
de otra atmósfera, de otro medio total de vida. Por lo menos,
a simple vista o en un primer paso de aproximación a la realidad.

*

Hasta el año quince antes de la gran guerra, y a lo largo de tres años,
Antón Dolores y Lauari Bujudmi compartieron el tiempo largo o sin tiempo casi
del ancho llano sahariano y los oasis. Aquel periodo había de terminar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

con el viaje del padre del cuchillo a Nápoles, para su entrevista
con el capitán Mengano, y la llegada a la casa del reloj de sol
de María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón.

Qué había pasado en esos años -pocos- de continuados viajes
al ancho llano del sur es algo que, de tan patente, casi le resulta a este amanuense
imposible de narrar o explicar. Y, sin embargo, fue muy simple:
Antón Dolores fijó sus ideas e intuiciones y puso las bases de su "doctrina" trinitaria,
a la vez que Lauari Bujudmi perfiló una primera formulación de lo que luego
dio en llamarse "doctrina del padre del cuchillo".

Antón Dolores fijó sus ideas e intuiciones y puso las bases
de su doctrina trinitaria. Eso. El viejo misterio de la trinidad de la religión
en la que había sido tenazmente educado se simplificó en su cabeza
en una fórmula sencillísima. Primera persona = yo; segunda persona = tú;
tercera persona = ellos o los otros. O, en una formulación más acercada
a la vida de los grupos, cuando intuyó que esta era posible:
primera persona = nosotros (grupo constituido, estable y sin tensiones);
segunda persona = vosotros (igualmente, grupo estable y sin tensiones
con el que la primera persona entra en contacto o relación);
tercera persona = ellos, o los otros grupos con los que es posible entrar en relación,
tal vez la posibilidad misma de relación, la posibilidad de "amar" o "amor".

Era tan simple la cosa que, el día aquel, en una de las ciudades
de los cinco palmerales, la antigua Gardaia del Mzab, el día aquel
que consiguió explicárselo al grupo que le acompañaba en aquella ocasión,
con el padre del cuchillo incluido, se pasaron toda la noche en una carcajada.
Todos recordaron luego aquella que dieron en llamar "la fiesta de las carcajadas".
Al amanecer, todos cansadísimos de tanta risa, agotados y somnolientos,
Antón Dolores le dijo a Lauari Bujudmi que debían separarse
y formar dos grupos diferentes y autónomos aunque en estrecha conexión,
a pesar de las distancias, dos grupos relacionados de continuo por los viajes
y desplazamientos, por las visitas mutuas y las cartas.

--¿Dos familias? -contestó, socarrón, el padre del cuchillo.

Y de nuevo se les desató la risa, antes de irse a dormir.

Porque fruto de aquellos viajes fue, también, la primera aproximación
de Lauari Bujudmi a lo que luego dio en llamarse "doctrina del padre del cuchillo",
de tan fértiles consecuencias en el futuro del paraíso de las islas.
Comentaba Lauari Bujudmi que, en el origen de su inquietud,
no sabía bien precisar por qué, estaban un par de divagaciones del Dolores
que recordaba con rara minuciosidad aún muchos años después.

--Investiga formas geométricas elementales, triángulo, cuadrado, círculo,
la línea... -Antón Dolores, recordaba el Bujudmi, se estaba dirigiendo
al arquitecto Batres, en las primeras expediciones al sur, a los oasis,
en la ciudad mayor de los cinco palmerales-. Y pasa luego a las formas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en el espacio, con volumen, el cilindro, el prisma o el cubo, la pirámide, la esfera... Cuando seas un maestro en ello, habrás comprendido a los otros, al tercer componente de la trinidad, y podrás pasar a representar la figura humana y hasta el mundo todo y los espacios siderales. Y ya nunca correrás peligro de ser adorador de falsos ídolos, de dioses en general, de ficciones o símbolos. Serás el arquitecto y constructor de puentes que todos necesitamos. Todos: no algunos para dominar. Y eso es importante: la desaparición de los dominadores que tradicionalmente nos utilizaron creyendo huir de su propia desaparición personal. De nuevo el reino de todos. Al fin, la paz.

Durante muchos días, recordaba el padre del cuchillo, le había asediado un pensamiento obsesivo hasta hacerle casi enloquecer. Cuando alguien se interesaba por lo que le sucedía, invariablemente contestaba algo a simple vista incongruente.

--Toda la gente es una hermosura de maniática y los niños son unos animalitos encantadores y listísimos.

Tras casi una semana en aquel lamentable estado de semibloqueo mental, todos estaban alarmados. Antón, en concreto, estaba muy inquieto. "Resultó ser el sol más fuerte que su educación para la cortesía", recordaba Lauari Bujudmi que le había escuchado decir al Dolores el día en que recuperó la capacidad de expresarse de nuevo. Y eso sucedió a raíz de una conversación informal a la sombra de unas palmeras en la ciudad mayor de las cinco ciudades de los cinco palmerales. "¿Sobre qué estabais hablando?", preguntó repentinamente Bujudmi. Nadie le había sabido responder con exactitud, aunque Antón Dolores creyó que el arranque de la informal conversación habían sido unas consideraciones sobre la encantadora simplicidad del soldado. Pero las palabras del Dolores que habían conseguido sacar a Lauari Bujudmi de su estado de bloqueo mental y que motivaran la pregunta de sobre qué estaban hablando, las recordaba el padre del cuchillo con milagrosa precisión.

--...Tradicionalmente, ese deseo de mostrar el mundo a otros, de transmitir el conocimiento aprendido, se concretó, por su mayor facilidad, en la paternidad, con lo que ello significaba de exclusivismo y cerrazón, de "haz a tu hijo jefe del ajeno", de tesaurización y herencia a transmitir a limitados otros, a los contados herederos. A la generosa herencia del "maestro" que lanza su mensaje sin discriminar a aquellos que pudieran recibirlo, sucedía la perturbadora herencia pequeñita y para pocos, la generadora de artificial y artificiosa desigualdad, la que podía convertirse en trece monedas capaces de comprar a los ignorantes. Más o menos así se llegó a instaurar la mala educación, la corruptora, la que hizo correr el peligro de que nos convirtiéramos todos en seres definitivamente desdichados; la que hiciera peligrar la posibilidad -importante, necesaria— de que un día el "conocimiento" pudiera llegar a todos...

--¿Sobre qué estabais hablando? -interrumpió Lauari Bujudmi.

Todos se quedaron perplejos ante la repentina recuperación

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de la palabra y de la capacidad de escuchar de Lauari Bujudmi. Allí estaban, con Dolores y el propio Bujudmi, sentado a la turca algo retirado del grupo de tertulianos, la electricista Aurora, el niño Antonio SNP, el arquitecto Batres, un tudesco al que llamaban Lobo Corredor -al parecer, traducción aproximada de su nombre en alemán-, y alguno más, entre ellos un par de chavales nacidos en el palmeral y que viajarían hacia la costa con algunos del grupo a su regreso. Antón Dolores, muy contento, fue quien contestó.

--No hablábamos de nada en concreto. Estamos esperando a que nos avisen para la comida. Creo recordar que alguien dijo algo sobre la encantadora simplicidad del soldado...

--Sí, Dolores -era Chispas Aurora-. Yo te había comentado que los electricistas, desde niña, me enamoraban todos y que, a pesar de odiar la guerra, me fascinaban los soldados... Y tú nos comenzaste a hablar sobre la educación.

--Eso era, sí -certificó alguien.

Lauari Bujudmi parecía haber recuperado todo su aplomo anterior a los días de mutismo y ensimismamiento. Cuando habló, todos parecían contener el aliento no fuera a interrumpir sus palabras.

--Siempre me pareció un espectáculo lamentable... un espectáculo desagradable, ver a los niños pegaditos a la falda de su mamá y pendientes de los labios de su papá. Siempre intuí que mi padre Busacram el carnicero -Lauari Bujudmi no supo hasta muchos años después que Busacram era en realidad su hermano- sabía el camino a seguir pero no sabía comunicármelo; hasta llegué a pensar que, al quererme carnicero como él, me equivocaba, tal vez equivocado él mismo. Pero la sensación de dictadura del padre en una familia me llegó en el tiempo que pasé en casa de mi abuelo paterno -el padre del cuchillo sabría años después que aquel que consideraba abuelo era en realidad su padre-, en mi pueblo de origen de la estepa, lejos del mar. Allí intuí la impostura, el engaño. Realmente, aquel viejo sabía el camino. No podía ponerse en duda que conociera el camino a seguir de los suyos, sus hijos, pero se aprovechaba de aquel su conocimiento, tal vez porque tuviese miedo a la soledad de la vejez, del desasistimiento y de la muerte. Esa era la única justificación posible a la verdadera tiranía que ejerciera sobre sus vástagos varones presionándoles hasta la resistencia última, aquella que rayaba en la ruptura, para que se quedasen a trabajar en el grupo familiar que él controlaba con entero poder. También sabía el anciano que, desaparecido él, el padre de la casa de la familia ampliada, todo el montaje habría de venirse abajo al ser imposible la dictadura de uno solo de los hermanos sobre los demás. Pero eso, al parecer, ya no le importaba. Toda la historia está llena de luchas entre hermanos tras la desaparición de un padre poderoso o en el momento de su decadencia irrecuperable. Así parecía que había de seguir sucediendo, puesto que así había sucedido hasta entonces.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al padre del cuchillo se le veía muy afectado, casi con lágrimas en los ojos. Prófugo Tito se había acercado para avisar que la comida estaba lista, pero se había quedado en pie y en silencio, discretamente, sin osar interrumpir aquel fluir de las palabras del Bujudmi.

--Y luego, de regreso a la ciudad de los vientos, capté que era aquella, en realidad, dos ciudades diferentes o diversificadas. Era la una, la agrupada en torno al que llamaban centro, muy limpia y cuidada, de gente elegante, discreta y, altos profesionales y altos cuadros, lo que se entendía por gente bien educada; pacíficos, trabajadores, abundaban los obesos, las mujeres sofisticadas con perrito y los niños atildados y modosos. La otra era más mi ciudad, la de Busacram el carnicero y, sobre todo, la de los zapateros con sus dedos pulgares partidos por espectaculares profundas cicatrices, pulgares como informes embutidos, y su permanente sonrisa. Era aquella la ciudad emocionante, toda una ciudad en busca de "otro" padre... Toda la muchachada estábamos en lucha contra el padre familiar, soportándolo o sufriéndolo en un primer momento, odiándolo a continuación, al final -ya viejo: el salto había sido dado— tal vez manifestándole alguna piedad. A pesar de todo, a pesar del padre, la ciudad se había logrado transformar. Pero a nosotros nos habían formado para reproducir fielmente aquel modelo paterno que antes rechazábamos, nos estaban convirtiendo en hombres a su semejanza capaces de conservar el esquema familiar heredado. A mi se me antojaba que era todo una gran impostura, el gran engaño. Porque los papás eran rudos e ignorantes, los niños trabajaban desde muy chicos en trabajos penosos, duros y poco creativos; todos pensaban, y así se lo hacían creer a los chavalitos, que así se estaban educando para ser hombres, y hombres de bien. Yo intuía que era mentira. Por eso recuerdo, con una mezcla de ternura y terror, aquellas noches en que la chavalería nos echábamos a la calle y nos metíamos en el cuerpo cualquier droga que pudiera combatir a aniquilar nuestra juventud.

Fue entonces cuando todos escucharon la voz chillona de Lala Paki.

--¡Ondia, majaras! ¡A jalar!

Lala Paki se había empeñado en vestirse de escamas plateadas en el sur, a ella el tanto sol y la llanura sin fin le traían vagos recuerdos playeros y su traje mínimo de escamas plateadas se le antojaba el más adecuado, el más semejante al traje de baño, "bikini" para ella.

--Bikini, guay, chuti. Chupi de bien -le había dicho a Sidi Kid cuando a éste le había molestado verla allí así, medio desnuda, entre gente que se cubría con largos vestidos.

Y le había llegado a llamar "burra", sinónimo para él de tozudez, de enconada cabezonería. Coco-bola y en bikini por los palmerales, Lala Paki pronto se convirtió en la estrella de las cinco ciudades y había tenido que dar casi una docena de improvisados recitales de guitarra a la chavalería de aquellos lugares. Había llegado a tener, incluso, un encendido romance con un apuesto mozabita, pero la chica no había podido resistir

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las exigencias de su amante. Además de no estar acostumbrada a dedicarle tanto y tanto tiempo al sexo, habían surgido otros problemas de comunicación.

--Nik, guay... Nik, nik, nik, nik, nik, ¡mierda! ¡Adeu! -fue el brillante discurso que Lala Paki le soltó al mozabita para explicarle que ya no quería saber nada más de aquel idilio. Aurora fue la encargada de traducírselo al desconsolado muchacho.

Porque Lala Paki había hecho un magno esfuerzo de comunicación para acercarse a la misteriosa belleza de aquel joven de los palmerales y hasta había incorporado a su vocabulario dos palabras: nik y salam, joder y la paz o saludo. En el discurso de despedida se le escapó adeu en vez de salam; pero el tal discurso debía haberlo meditado mucho porque, ya algo lejos del chaval y de la traductora Aurora, se volvió y le gritó "¡Salam!", antes de seguir su camino. Aquella hermosa historia de amor había durado dos días escasos pero densos. Durante un día entero Lala Paki había tenido que prescindir de su bikini de escamas plateadas, no había podido trotar por el palmeral a su antojo con la guitarra al hombro o bajo el brazo, y casi se había sentido prisionera en una casa ante las continuas e intempestivas demandas de sexo por parte de su amante, a todas las horas del día y de la noche. Casi cuarenta horas había precisado la chica para saber que lo suyo iba por otros derroteros.

Sidi Kid, para celebrar la liberación de su amiga y compañera de banda jivi de las garras de la terrible pasión amorosa, accedió a vestirse también de escamas plateadas y comenzó a acompañarla en los conciertos improvisados de los atardeceres. Y eso, a pesar de que el tal traje no era nada cómodo; se recalentaban las escamillas metálicas con el sol durante el día y refrescaban demasiado de noche; por otra parte, el tal traje dejaba gran parte del cuerpo expuesto al sol, con lo que se ponían colorados como gambas si osaban salirse de la sombra protectora del palmeral a las horas de mayor calor. Tras mudar de piel dos veces, Lala Paki -y con ella Sidi Kid- accedió a vestirse, como complemento de su bikini, una amplia abaya blanca que decoró a su gusto con brillantes brochazos de colores vivos.

La electricista Aurora se había convertido, sin pretenderlo en absoluto, porque sí, en la ángela guardiana de sus colegas de banda jivi, sobre todo Lala Paki y Sidi Kid, los dos alocados e inconscientes pequeños diablos. Antonio SNP y Prófugo Tito, por su parte, se habían inmerso de tal manera en las discusiones y reflexiones en alta voz del grupo, con Antón y el Bujudmi como guías o moderadores, que habían ganado en pocas semanas tanta madurez que sorprendía. Antonio SNP, en concreto, adoraba a Lauari Bujudmi y no se apartaba de su vera, tal su sombra. De regreso al norte, a la costa, con él había de iniciar años después su experiencia de marino, abandonando la banda jivi que Prófugo Tito seguiría capitaneando. Y Martín y Martina, bajo la sombra protectora de Chispas Aurora al principio, se habían ido identificando el uno con la otra -y viceversa-, así como con el palmeral y sus gentes, en una comunión tan total que cuando el grupo regresó al norte ellos dos prefirieron quedarse allí,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en el llano del sur. Aprendieron a tejer en los telares locales, se impregnaron de técnicas y colores y llegaron a remozar tramas y combinaciones antiquísimas, a elaborar tapices con su sello personal y hasta firmados M.M., no se sabía bien si Martín el Marsellés, Martina Martinés -ese era su nombre completo— o Martín y Martina sin más. Mucho tiempo después, los tapices de Gardaia M.M. aún tenían una cotización especial en los mercados de la costa y eran muy buscados por su rareza y su diseño, aunque heterodoxo, plenamente anclado en la tradición local.

--Animalitos encantadores y listísimos -había comentado el padre del cuchillo al despedirse de los dos poco antes de regresar a la casa del reloj de sol, su primer viaje a los oasis concluido.

Chispas Aurora había vivido intensamente su estancia en los cinco palmerales. A la relación casi maternal –para entendernos- con los chicos y chicas de la banda jivi, se había ido imponiendo el interés por las reflexiones teóricas de Antón y Bujudmi, con las relaciones nuevas de grupo a las que estas discusiones daban lugar. Y, sobre todo, su verdadera historia sentimental con el chico centroeuropeo Lobo Corredor, el tudesco rubio y tímido, o ensimismado, Wólfram.

7

Wólfram Lobo Corredor y la electricista Chispas Aurora, un discurso de Lala Paki y algunas consideraciones elementales del padre del cuchillo en torno al cuerpo

Wólfram Lobo Corredor era, de alguna manera, un huido de su región de origen, como tantos otros, aunque su huida no estaba directamente relacionada con la campaña de "espías dobles/espías múltiples". Más joven que Aurora, había participado con entusiasmo en manifestaciones ecologistas y antimilitaristas centroeuropeas y con tal precisión en los objetivos que fue catalogado por la poderosa policía preventiva como "peligroso activista". La persecución informática a la que le sometieron había sido muy intensa -a pesar de su juventud, recién pasada la veintena-, hasta el punto de que se le agudizó un proceso paranoide que alarmó a sus amigos más cercanos. La casa del reloj de sol y, a continuación, el primer viaje al sur de Antón Dolores, le acogieron. Vía París-Marsella, Lobo Corredor llegó a la ciudad de los vientos con cartas de uno de los que había de ser personaje emblemático del paraíso de las islas, el futuro Borondón el Antiguo o el Babilónico, a la sazón de unos treinta y cinco años y a punto de abandonar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sus tierras ribereñas del Rin para siempre.
Pero esa es otra historia que algunos amanuenses han narrado
y otros amanuenses narrarán un día.

Nada más entrar en la casa del reloj de sol,
lo primero que había hecho Lobo Corredor había sido descalzarse.
Se quitó unas botas camperas de fuerte cuero vuelto,
de las que llamaban Santiago, las dejó en un rincón de la gran sala
de los nueve vanos -la cupulita había pasado a convertirse en puerta
lúdicamente utilizada para ascender a la terraza- y, primero en calcetines
o con los pies desnudos, más tarde con babuchas, ya no volvería a utilizar
calzado de tipo tradicional de suela gruesa y rígida con tacón. En el viaje al sur
sólo calzaba sandalias o unas babuchas imperfectas, como sandalia abierta,
a las que llamaban Espartacus. En las dos primeras semanas de vida con el grupo,
en la casa del reloj de sol y de viaje al sur, Wólfram Lobo Corredor
apenas había hablado lo más imprescindible para presentarse y expresar
las necesidades cotidianas más elementales. No obstante,
desde el primer momento demostró una exquisita cortesía. Muchos años después,
aún recordaba el padre del cuchillo a "aquel joven eficiente y obsequioso"
que era Lobo Corredor, a pesar de que no recordara su nombre ya,
sus vidas transcurridas por caminos muy diferentes.

Descuidado en el vestir, era extremadamente cuidadoso con su pelo,
largo, lacio y rubio, que, durante las semanas de su viaje por los oasis,
procuró mantener siempre muy limpio y protegido y recogido con ingenio.
Chispas Aurora comenzó a conectar con Lobo Corredor primero, y luego
a intimar, con ocasión de sus peinados matutinos. Un día se le ocurrió
sugerirle al chaval un tratamiento especial para su melena rubia
y le había ayudado en un trenzado en coletas múltiples y no muy prietas.
En mañanas y atardeceres sucesivos, en el palmeral, había pasado poco a poco
de acariciarle el cabello a las caricias en la nuca, cuello, rostro y pecho,
mientras Lobo Corredor le narraba recuerdos del tremendo movimiento pendular
de la cabeza oscilante entre la lucidez y el caos, la desbordante lucidez
y el caos desbordante, recuerdos y vivencias de su tiempo de vida y acción
en las ciudades del Rin. Y Aurora se enternecía y le hablaba del mar,
de la costa soleada y cálida, de Formentera...

La segunda semana de estancia en Gardaia, la ciudad mayor
de las cinco ciudades del gran palmeral ramificado, Lobo Corredor
participaba en las discusiones que de continuo surgían en el grupo
con reflexiones y argumentos originales e inteligentes. Un día Antón Dolores,
comentando con el mismo Wólfram aquella paulatina transformación,
lo expresó con palabras bien precisas.

--De alguna manera, el ancho llano "abre" la cabeza,
multiplica las posibles relaciones como múltiples espejos multiplicaran
las imágenes, adensa la reflexión, agiliza las asociaciones de los mensajes
que la memoria conserva vivos pero adormecidos... El ancho llano,
su línea horizontal en torno a ti -y Antón miraba grave a Lobo Corredor-,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

facilita la progresión lineal del pensamiento, lo transporta
hacia un siempre lejano más allá que entrevés alcanzable un día,
si no por ti, por alguien que viniera tras de ti.

Y es que, aquel día, Wólfram Lobo Corredor había conseguido expresar
algo profundo de su pensamiento con palabras eficaces.

--No me interesa lo improbable sino lo posible –había comenzado a decir,
y todos enmudecieron y prestaron atención a un Wólfram como ensimismado-.
He luchado mucho, y seguiré haciéndolo, por una nueva relación.
Así, como suena.

Pareció hundirse durante unos segundos en su ensimismamiento,
pero se repuso y todos suspiraron aliviados.

--Allí, de donde vengo... -dudó-. Creo que en otras muchas sociedades
también... En fin: se habían planteado las relaciones en términos
ya periclitados: relaciones de reciprocidad para llegar a relación de dominio.
Y a lo largo de los tiempos, eso había dado lugar a un verdadero círculo vicioso
de alzas y decadencias estrepitosas de los diferentes pueblos y grupos organizados.
Es fundamental una nueva relación a la que, incluso, habría que buscarle
un nombre... -y miró a Antón Dolores, gesto de ansiedad-.
¿Reciprocidad programada, tal vez?

De nuevo se mostraba abatido Lobo Corredor,
antes de concluir con una nueva pregunta.

--Pero... ¿quién controlaría la programación?

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, saltó impetuoso.

--¡Bravo, Lobo! Pero eso es poco. La cuestión es más profunda todavía.
Hablas de nueva relación de grupos, de grupos amplios, de regiones enteras,
de países diversos. Pero la nueva relación nace más abajo, desde la raíz
misma de los grupos, desde la relación personal. Y ahí entra también, y funciona,
esa relación que mentabas: reciprocidad y dominio. Piensa en tu padre
y tu madre, en tus primos y primas, en tu hermano..., si tienes.

Lobo Corredor no parecía comprender nada. Pero todos estaban atentos
y el padre del cuchillo seguía con ardor.

--Y se quiere o se pretende que eso sea así, biológicamente así.
La historia del parto y de la teta, la protección, la seguridad, cosas de dos...
Y el resultado, para mí y creo que para ti, para todos aquí, está claro,
no puede ser más catastrófico, más injusto y disparatado.
La perpetuación de la desigualdad. Inicuo.

Lauari Bujudmi estaba enardecido.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Mis colegas, y yo mismo, condenados a la pobreza moral y material desde el puto momento del corte del cordón umbilical, marcados, tatuados todos desde el nacimiento con más o menos artístico ombligo que, más que signo de igualdad y vida, es símbolo de desdicha, de impiedad y desdicha para la mayoría, de estupidez y disparate.

Nunca habían visto al Bujudmi tan excitado.

--Mataría a mi hijo si supiera que iba a llegar a ser esclavo involuntario de otro hijo ajeno. Y es indudable que esto va a suceder así. Es por eso: no quiero un hijo mío, por principio, y procuraré, como solidario, evitar que cualquier hijo ajeno pueda ser esclavizado por un malvado o por un grupo de tiranos. No me gustaría convertirme en asesino. Aunque, en el fondo de mi corazón, admiro a Yamel el Inflexible...

Ya Lauari Bujudmi parecía no hablar sino para sí mismo.
Una nube de turbación planeaba sobre el grupo allí reunido.
El mismo Lobo Corredor parecía haber comprendido, al menos,
el resultado final del razonamiento del padre del cuchillo.
Lala Paki y Sidi Kid, sin embargo, cacharreaban cerca y se estaban liando
unos cigarrillos, absolutamente ajenos a la conversación de al lado.
Lauari Bujudmi, aún muy excitado, se dirigió con voz fuerte a Lala Paki.

--¡Eh, Lala Paki, ¿sabes lo que es una puta?

La chica, muy tranquila, mientras terminaba de ponerle una boquilla-filtro al cigarrillo, contestó con voz alegre.

--Lala Paki no puta. Puta, guay. Lala, no puta... -y ya de pie y dirigiéndose a los atertuliados-. Mamá, puta. Mamá, cocina, tele y cama. Luego: ¡papá, pasta! Y papá, curre, curre, curre y pasta a mamá. Puta, guay. Puta, mamá. Lala no sabe. ¡Chupi de bien puta, tú! A Lala Paki no mola cocina y cama. Mola tele... Mola música, mola curre de música, correr... No mola sólo puta. Sólo puta, muermo, tú.

Sidi Kid se le había acercado por detrás y la escuchaba boquiabierto. Luego, le quitó el cigarrillo ya encendido y le dio un empujón con el hombro, así al bies, de costado.

--Paki, burra. Mamá no puta.

--Eh, nik, nik, nik, tele y pasta, ¿no? -y a todos-. Mamá de Kid, puta también. Guay, ¿no? Puta madre, guay.

Chispas Aurora no podía retener por más tiempo la risa escandalosa y se había abrazado a la cintura del tudesco Wólfram, sentado a la turca, en la espalda del chaval ahogadas las carcajadas. Terminó cubriéndole de besos la nuca y la abaya blanca. Su risa debió ser contagiosa porque, al rato, todos reían, hasta el propio Lobo Corredor, aún incapacitado para comprender

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las palabras de Lala Paki, que ahora se pavoneaba por delante
del padre del cuchillo contenta de que su respuesta hubiese causado
tan brillante efecto, satisfecha de haber comunicado, en fin.
Pero Sidi Kid no estaba tan satisfecho.

--Mamá no puta, burra. Mamá, guay -repetía muy serio,
frente a una Lala Paki más chula y acrecida que nunca.

--Puta, guay; mamá, guay; puta madre, guay, chuti, ¿o no? -y le echó
el humo a la cara tras recuperar el cigarrillo de nuevo de manos de Kid.

--Mamá de Sidi Kid, chuti guay -insistió el chico,
intentando ser convincente-. Mamá curra, mamá hace cus-cus, mamá guapa,
mamá besa coco de Sidi Kid, mamá lava camisa de Sidi Kid, mamá todo...
¡No puta! -parecía casi agresivo.

Lala Paki, descarada, hizo girar su dedo índice
apuntando hacia su propia sien, y le sacó la lengua a Sidi Kid.

--Tú, coco-bola, coco ná. No pillas ná.

Lauari Bujudmi, malconteniendo también él las ganas de reír,
puso paz entre los pequeños diablos de la banda jivi y los sentó a su lado.
Al rato, sin embargo, mientras seguía la tertulia y el sol muy bajo
comenzaba a incendiar los palmerales, los dos diablillos se hartaron
de una reunión que, aunque sabían afable y amiga, no era capaz de integrarlos
con su conversación. Se fueron a corretear por allí. Su escaso centenar
de palabras no daba para más. Con los niños y muchachos más jóvenes
de las ciudades de los oasis habían incorporado algunas nuevas palabras,
como *kif-kif* o *aruaj* (igual o ven), *lá* (no), *cus-cus* (como comida, en general,
en su lengua), entre otras, pero tampoco les bastaban para conversar.
Así que jugaban, se divertían con libros de imágenes
que les inspiraban dibujos coloreados con los que se entretenían mucho,
hacían excursiones por los alrededores en bicicletas, a pie e, incluso,
en motos pequeñas con cuyos motores sencillos comenzaban a familiarizarse
con la ayuda de otros muchachos más habituados a las máquinas -tanto
Lala Paki como Sidi Kid eran habilísimos destrozadores de motores
y Aurora tenía que tener un especial cuidado en que no se acercaran a ninguno
de los aparatos electrónicos del equipo musical-, y, sobre todo,
se recreaban con la música, con cualquier instrumento musical, con cualquier
objeto que sonara, en la más plena acepción del término mismo recrearse.

Antón Dolores quiso provocar la continuación de los razonamientos
de aquel padre del cuchillo que, tras el paréntesis discursivo
de Lala Paki y la risa, se había serenado ya.

--Padre del cuchillo: hablabas de hijos propios y ajenos,
de explotación y de asesinatos...

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Es arduo aún para mí el asunto, Dolores. Pero sigo cavilando.
Creo que todos los niños son básicamente iguales, que su herencia biológica
es, aunque importante, mínimamente condicionadora. Incluso en el caso
de nuestros cercanos Paki y Kid -a Lauari Bujudmi casi le entra la risa
de nuevo-. Son un disparate..., encantadores y listísimos -titubeó un instante
y siguió, más serio-. Lo que crea al futuro pensante y actuante
es la larga educación..., la larga educación para aprender los tabúes del grupo
-casi pareció enfadarse de nuevo al decir las últimas palabras-.
Sólo una pequeña minoría logra zafarse de esa educación perturbadora.
Y esa pequeña minoría, aunque perturbadora a su vez un tiempo, termina
engullida por el grupo dominante y dirigido. Será utilizada y destruida,
sin duda, finalmente. Con más o menos brutalidad o disimulado guante blanco.
Pero destruida por molesta. Salvo un milagro... –su rostro se ensombreció-.
Sólo un milagro puede salvar, pongamos por caso, a Lala Paki y Sidi Kid,
tal vez a todos nosotros, los aquí reunidos en este momento,
y a todos los habitantes de estas ciudades del palmeral.

Otra vez una sombra parecía, suspendida y envolvente,
avanzar con las sombras de la noche en torno que apuntaba.

--Haz un esfuerzo, padre del cuchillo -casi suplicó Antón Dolores-.
Intenta remontar...

--Lo intento, Antón. Creo que hay que remontarse más atrás aún,
más allá de esa relación primera hembra-varón que, institucionalizada
en su origen como..., como reciprocidad, por retomar el término de Lobo
que creo adecuado -el discurrir en alta voz del Bujudmi era lento
y trabajoso-, desemboca en una relación de dominio, de emputecimiento
no sólo de la mujer sino de la relación misma..., de enchulamiento... -se le veía
sufrir, en busca de palabras, al padre del cuchillo-. Y degradada esa relación
básica, esa "trinidad", que tú dirías, Antón, de una primera persona/yo/varón,
una segunda/tú/hembra y una tercera/él/hijo o ellos/hijos... -sufría, de nuevo,
para expresarse-. Degradada ya, creará otras relaciones de reciprocidad
que llegarán a ser de dominio, aquel "haz a tu hijo/síntesis/amor/tercera persona
jefe del hijo/síntesis/etc. ajeno"... -el sufrimiento se le marcaba en el rostro
y (ya de noche casi, alguien había traído candelas) las sombras acentuaban
el brillo de sus ojos y los trazos de ese sufrimiento marcándole el rostro-.
Y por eso yo nunca querré un hijo, que un hijo será para mí
un accidente no deseado; pero intentaré, por solidario, evitar
que sean explotados los hijos ajenos, los demás, los otros, el "santo espíritu"
que tu dijeras, Antón... -se le notó un esfuerzo supremo-. Pero hay que saltar
de nuevo más atrás, a antes de esa primera relación... al cuerpo.
Perdonad el salto, pero es necesario, hacia atrás... Luego, más adelante,
podremos de nuevo volver hacia adelante con paso más firme, hacia adelante...

Hizo una pausa. Parecía atorado. Musitó, entre dientes, un "encantadores
y listísimos" casi inaudible y Antón Dolores temió lo peor.
Su grito sonó como una detonación.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

--Padre del cuchillo: ¡el cuerpo!

Y dio resultado. Lauari Bujudmi pareció agitarse, removido como por un huracán interno, activado, tal vez golpeado por misterioso golpe seco.

--¡El cuerpo es una anécdota lavable! -casi gritó, y luego, más sereno, casi susurrante-. Creo que es un gran descubrimiento; el cuerpo, esa anécdota lavable... Nada serio puede sucederle, salvo la enfermedad; nada es para él pureza o impureza, salvo una herida peligrosa que pudiera infectarse o un misterioso virus. O el hambre, la mayor humillación que los hombres infringen a sus semejantes, el verdadero negocio de los mercaderes -el padre del cuchillo miraba fijamente al Dolores y hablaba con tono monótono y enronquecido-. El verdadero bautismo por agua cobra así todo su sentido: todo lo que le sucede al cuerpo es lavable, purificable con el agua, teólogo Antón. Un baño de mar es la suprema purificación: tras él, volver a empezar. No hay, por lo tanto, haram, pecado, teólogo Dolores. Sólo la enfermedad y el hambre son rechazables. Sobre todo el hambre, suprema enfermedad, supremo "pecado"... La enfermedad, si inevitable, tiene su contrapartida en la piedad del grupo hacia enfermos y ancianos. Pues la vejez no es más que la enfermedad final. Y el hambre no admite ni siquiera piedad pues ella es la impiedad misma. El más grave de los "pecados" para el grupo. El negocio del hambre, la compra-venta de los alimentos. Elemental.

Antón Dolores sonreía.

--Gracias, padre del cuchillo. Siento como si hablara por tu boca.

--Gracias a ti, Dolores, a todos nuestros compañeros aquí; a Lala Paki y a Sidi Kid también -y continuó el Bujudmi, cara de felicidad aunque fatigado tono-. Hambre y aburrimiento han sido las dos mayores plagas de la humanidad desde el inicio de los tiempos. El aburrimiento engendra también sus propios "pecados" y "virtudes". Ha sido también la base de los mayores negocios de los mercaderes, como el hambre. Pero pienso que el aburrimiento puede llegar a ser desterrado de la vida de los grupos... también.

Lala Paki y Sidi Kid llegaban en ese momento, a todo correr, con un verdadero comando de chiquillería y algunos compañeros de aventuras de su edad. Voceaban la hora de la cena. Habían programado música para lo que ya comenzaban a denominar "la hora de la distensión".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

8

Martín y Martina se instalan en la casa del tejedor Mohamed Benlulú, y la fiesta de la última gran luna de la primavera con la presencia del anglo-irlandés Fitz-Gerald Costwold, la bella Mariem Benlulú y la camella Bernabé

El primer viaje al sur de Antón Dolores y Lauari Bujudmi culminó, para el padre del cuchillo al menos, en un interminable deambular por las cinco ciudades del gran oasis ramificado del Mzab. Y fue aquello así por puro funcionalismo, que podría decirse, por puro pragmatismo: allí, primera estancia larga en el sur de los dos recién amigos Dolores y Bujudmi, consiguieron expresar con fluidez y ordenadamente muchas de sus obsesiones más dominantes, consiguieron hacer preciso algo que en el norte era nebuloso y vago. Y, lo que es tanto o más importante, a quienes los acompañaban les había sucedido algo similar. Notas muy valiosas del arquitecto Batres, del niño Antonio SNP y de Wólfram Lobo Corredor sirvieron a este amanuense de guía para poder reconstruir algo de lo que pudo haber sucedido en aquel histórico viaje; históricos viajes, en general, mejor.

Fueron semanas de encendida racionalidad e incansable trajín diurno. Cartas traídas por Antón Dolores para Fitz Gerald Costwold, un anglo-irlandés afincado desde años atrás en aquel oasis, y cartas traídas por el padre del cuchillo para Mohamed Benlulú, mozabita que habitaba en la amurallada ciudad de Melika, una de las más bellas de aquellas cinco ciudades, habían sido llave maestra para la integración de tan desmadejado y dispar grupo de viajeros en la cotidianidad relajada y calma de los habitantes del gran palmeral. La electricista Aurora, Antonio SNP y Prófugo Tito, el arquitecto Batres y Lobo Corredor Wólfram, en particular, participaron activamente en los más variados trabajos de las comunidades mozabitas; los nuevos trazados para las conducciones eléctricas de los barrios altos y para las conducciones de agua, así como los planes en marcha para los pavimentados más modernos de diseño y de materiales más resistentes, habían permitido a los cinco expedicionarios mantener un alto grado de actividad a diario, con la buscada o deseada comunicación con las gentes que de siempre habitaban aquel lugar que transmitía tan vigorosa vibración.

Martín y Martina, por su parte, aún muy afectados por el largo secuestro en el mar y en Siracusa a manos del pirata Escandalera, habían tardado una semana larga en encontrar una actividad atrayente, en encontrarse. Después de unos días de abulia en los que ambos, más unidos que nunca, vagabundearon por los interminables laberintos de callejas de las cinco ciudades,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Martín y Martina habían terminado dejándose atrapar por las tramas
y urdimbres sutiles del taller del tejedor Mohamed Benlulú. Poco a poco
habían ido aprendiendo los secretos de los tejedores, en visitas
cada vez más continuadas y dilatadas, las más clásicas combinaciones
de aquellas madejas de colores vivos o tamizados, blancos crudos, negros,
rojos asalmonados, amarillos como de pomelo, verdes de hoja de nogal en otoño,
tímidos ocres... En la tercera semana de estancia en el palmeral del Mzab
descubrieron que no podían prescindir de la visita cotidiana al taller del tejedor,
a la vez que éste, Benlulú, descubría también que no podía pasarse
de aquellos jóvenes visitantes, que los necesitaba cerca y deseaba su presencia
con rara ansiedad.

A la vuelta de un viaje rápido al norte, a la ciudad blanca y empinada
de la costa, Al-Yesaer, Benlulú rogó a Martín Marsellés y a Martina Martinés
que se quedaran en su casa, y el muchacho y la muchacha aceptaron complacidos.
Un operario del taller, primo lejano de Benlulú, sustituiría a éste
en los viajes mensuales al norte, de transporte de mercancías y balances,
y el jefe tejedor Mohamed Benlulú ya no volvió a salir, sino en contadas
ocasiones, de aquel lugar y aquella casa suya en el corazón
de la amurallada Melika, Martín y Martina más que huéspedes ya
de su casa-taller, castillo con ventanas diminutas a la altura
de una persona sentada, sobre la muralla, a sus pies el palmeral,
frente a ellos la torre esbelta de Gardaia dominándolo todo.

Martín y Martina habían puesto sus condiciones al tejedor Benlulú,
aunque estas eran sencillas. Deseaban dormir juntos, bien en el taller,
bien en alguno de los rincones de la casa, no entrar en el juego
de las separaciones habituales, de Martín en el ala de los hombres
y Martina en el pabellón femenino de aquella pequeña familia ampliada.
Al tercer día de organizar sus noches en el taller mismo, Mohamed Benlulú
había reorganizado el espacio interior de la casa de la muralla de Melika
y había reservado una de las salas altas, junto a la azotea-mirador, para él
y para los dos viajeros, con el consentimiento de éstos. Algunos días
de visita de familiares o amigos los dos niños de la casa, uno hijo
del propio Benlulú, de unos diez años, de su primer matrimonio temprano,
y el otro sobrino, de unos doce años, que trabajaba en el taller,
pasaban también a dormir a aquella habitación alta si no lo hacían
en el taller mismo. La madre y la abuela de Benlulú, así como su segunda mujer
y su hermana más joven, para la que estaban preparando un matrimonio
para el año siguiente, ocupaban todo un ala de la casa. El padre de Benlulú
hacía tiempo que había abandonado el palmeral, se había instalado en el norte
y, al parecer, formado otra familia y casa.

Tanto al padre del cuchillo como a Antón Dolores y al resto
de los compañeros de la banda jivi, no disgustó en absoluto,
ni había por qué, la decisión de Martín y Martina. Les hizo gracia.
Pero rogaron a los dos, y esta era la segunda condición que ellos
le habían puesto al tejedor Benlulú, que cada día, al atardecer,
descendieran a la parte baja del palmeral, entre Gardaia y Melika,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

para la hora de la distensión. Así lo hicieron. En ocasiones, incluso, les acompañaba la madre, la segunda esposa o la hermana del tejedor mozabita y, aunque permanecían veladas con su jaik blanco inmaculado en un lugar discreto y en penumbra de la reunión, aquello significaba una pequeña revolución en los hábitos del lugar. Suponía también que las puertas de la ciudad amurallada, Melika, herméticamente cerradas durante la noche, comenzaban a entreabrirse. Y no solamente para los familiares e invitados del tejedor Benlulú sino también para otros habitantes de aquella ciudad santificada por la tradición que, aunque aún minoritarios en aquel viaje al sur de Antón Dolores y el padre del cuchillo, comenzaron a descender al palmeral en los atardeceres.

Porque era al llegar la noche cuando se intentaba recuperar la "animalidad" -por decirlo de alguna manera- casi perdida, ahogada por la "racionalidad" -por seguir denominando algo más sutil con palabras tan poco sutiles-, cuando las gentes se relajaban o distendían y se transformaban los grupos en una magna piel espléndida, acariciadora y buscadora de caricias. Era entonces, al caer de la tarde, cuando los ojos se convertían en luminarias encantadoras y el timbre de la voz en canto de sirena para posibles navegantes y nadadores, navegantes y nadadores todos sirenas a la vez.

"La hora de la distensión", pensó Antón Dolores. Y así comenzó a ser denominado aquel momento del día: el tiempo de la distensión. Aquel tiempo por todos deseado tras la larga jornada, en ocasiones agobiante, allí tan al sur del sur. Tanto el Dolores y el Bujudmi como Lala Paki y Sidi Kid eran, de manera muy diferente, los principales animadores de aquella etapa especial del final de la jornada. Reyes de la palabra, los primeros, los segundos reyes de la música, era ésta, finalmente, la verdadera reina del aire por un lapso más o menos prolongado, siempre prolongable si el entorno lo demandaba. Prófugo Tito y Antonio SNP se unían a veces a los pequeños diablos, pero preferían enredarse en la conversación, les motivaba más aquel nuevo modo de expresarse, para ellos, que era la palabra, que el mucho mejor conocido por ellos de la música.

Fue en una de aquellas inolvidables reuniones del atardecer, última gran luna de la primavera, cuando a Antón Dolores le regalaron la camella blanca Bernabé. El anglo-irlandés Fitz Gerald Costwold había aceptado aquella noche, lo que era raro en él, abandonar su casa, en el centro del palmeral bajo, a los pies de Gardaia, para asistir a la velada de la noche de la gran luna. También asistían Martín y Martina, el tejedor Benlulú y su hermana menor, así como otros muchos, sobre todo jóvenes y sobre todo varones, de los habitantes del gran oasis. Lala Paki y Sidi Kid, con la ayuda de sus compañeros de grupo Tito y Antonio en aquella ocasión, habían preparado un concierto predominantemente de ritmos suaves, cadenciosas melodías, verdaderas baladas en ocasiones, y periodos sostenidos de improvisaciones según antiguos estilos jazzísticos poco en uso ya, casi pasados de moda. A aquel tipo de improvisaciones Lala Paki se había empeñado en llamarle "música titigay" o "música marica", nadie sabía bien por qué, frente a la "música jivi chuti-chupi", que era la que el grupo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

solía hacer con más frecuencia en el norte, en tiempos normales.

Mientras la gente iba llegando al lugar con sus amplias darrajas o abayas, blancas o azules, relajados y pulcros después de una jornada colmada de actividad, algunas mujeres con los jaiques, cada uno compitiendo con los otros en blancor, Antón y el padre del cuchillo habían improvisado, en honor a Fitz Gerald Costwold, de su inusual presencia en aquella "celebración" diaria del tiempo de la distensión, habían improvisado una charla informal sobre las cinco ciudades del oasis del palmeral ramificado, sobre su posible críptico mensaje. Fitz Gerald Costwold les había comentado su obsesión por lo que él llamaba silencios y misterios de aquel lugar. Isleño como era, aquel oasis se le hacía también isla, con todo lo que ello significaba de mundo total, completo y reducido, casi alef. El trazado laberíntico de las cinco ciudades se le antojaba al anglo-irlandés plano de algún tesoro, si no verdadero planisferio gigante de algún cerebro de alguna manera privilegiado, o plantilla que sirviera para adentrarse en el cerebro humano mismo, en su laberíntico trazado. El arquitecto Batres tomó buena nota de aquellas intuiciones de Fitz Gerald Costwold y llegó a elaborar toda una serie de interesantes dibujos comparados, en papel vegetal, de manera que podían superponerse para encontrar conjunciones claves; planos de las ciudades mozabitas, cortes diversos del cerebro humano, cartas del Gran Sahara y hasta lunares y cartas planetarias o siderales en general, sirvieron al arquitecto Batres para hacer reflexionar en alta voz, para provocar las más sugestivas intuiciones en sus cercanos.

Fitz Gerald Costwold les transmitió la fascinación por los "misterios" allí encerrados, comenzando por una terrible leyenda que el padre del cuchillo conocía bien, por muy divulgada en el norte, pero que a Mohamed Benlulú hacía sonreír, cazurrón él, cuando la escuchaba narrar. Era la leyenda de las mujeres mozabitas encerradas en los castillos de las ciudades del palmeral, impenetrables para los extranjeros, sobre todo de la ciudad de Melika, verdaderas devoradoras de viajeros. Cuando los hombres del Mzab emigraban al norte, lo que era frecuente, dejaban encerradas a sus mujeres en aquellas casas-fortalezas durante dilatadísimos periodos de tiempo; aquellas mujeres allí encerradas sin varón, con el discurrir de los días de sol ardiente y de las noches enervantes, podían llegar casi a enloquecer de celo amoroso y de deseos y, en el mayor de los secretos y con gran sigilo, podían atraer desde sus ventanucos angostos a los posibles viajeros, cautivarlos con sus llamados y reclamos, provocarlos con su apenas desvelada belleza y, finalmente, invitarles a entrar en la fortaleza -tal vez un mediodía con el sol a plomo sobre la ciudad, desde algún recodo de un callejón la señal de alguna sirvienta velada o el siseo desde detrás de una puerta entornada, tal vez un atardecer o en la hora del fulgor de la siesta... El viajero extranjero que osara penetrar en la fortaleza, acceder a la llamada del deseo, ya no volvería a salir de ella con vida. Hasta la extenuación debía saciar a todas las mujeres de la casa cerrada, sería mimado y bien alimentado mientras su virilidad fuera capaz de satisfacer a las encerradas, pero había de morir, a la postre, nunca habría de llegar a ser testigo ante otros

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de aquel secreto femenino de la ciudad. La imaginación de las gentes del norte veía, tras los muros estrictos de las casas del Mzab, un sinnúmero de hermosísimas mujeres seductoras y una multitud de varones seducidos y asesinados cuyos cadáveres nunca serían encontrados, desaparecidos para siempre, tal vez al lado de los posibles fetos producto de sus amores.

Mohamed Benlulú, el tejedor mozabita, escuchó con sonrisa irónica, una vez más, la narración de Fitz Gerald, completada en ocasiones o corroborada por el padre del cuchillo, y al final de ella comentó con aire de broma que la imaginación de la gente ajena a la pequeña sociedad del Mzab solía demenciar bastante, tal vez a causa de la poca costumbre que tenían de una vida expuesta al sol, a los vientos -simunes, sirocos, guelbis...-, al ancho horizonte que a la larga a todo se imponía, a los altos cielos y a la nítida delgadez del aire, en relación con las tierras más áridas del planeta, tal vez, pero de oculta fertilidad de la que un día alguien sabría beneficiarse, de abundantes aguas subterráneas y otros tesoros invisibles para el común de las gentes.

Y como para ilustrar su irónico comentario, Mohamed Benlulú llamó a su joven hermana, de nombre Mariem, y le rogó que mostrase a los amigos viajeros su rico traje y joyas y que entonase una breve y bella canción de bodas. Con toda naturalidad, entre Martín y Martina, Mariem Benlulú se despojó de su jaique, se lo dio a Martina -lo plegó con cuidado y lo dejó a su vera-, y todos quedaron maravillados con su belleza virginal y la rica túnica bordada con hilos de oro y plata y abundantísimo aljófar. La voz de Mariem Benlulú sonó en la recién iniciada noche como un milagro. La canción, breve, y el tono de soprano lírica de la joven Benlulú casi provocaron alucinaciones en alguno. Después de unos minutos de algo similar al éxtasis colectivo, siguió un silencio denso y expectante mientras la muchacha se cubría de nuevo con el jaique y tomaba asiento a la turca entre Martín y Martina de nuevo. Fitz Gerald Costwold fue quien rompió el silencio. Conocía tanto la canción como los trajes femeninos de la región, pero su comentario conmovió a Antón Dolores, al padre del cuchillo y al propio Benlulú, que le escucharon con particular interés.

--Realmente es monstruoso -el tono de voz de Fitz Gerald era calmo-. Tener una hermosísima joya como ésta, pensada únicamente para lucir y ser vista, encerrada permanentemente en una casa/caja fuerte oscura y olvidada... -el padre del cuchillo temblaba ostensiblemente-. Es más monstruoso aún, por absurdo, reaccionar así por miedo a los ladrones que ser ladrón -Benlulú, el tejedor, se había puesto muy serio, casi adusto-. El ladrón, al menos, puede tener una justificación cualquiera: necesidad, educación y hasta vicio, si se quiere. Pero el que así reacciona, el ocultador, manifiesta sicología monstruosa, pura absurdez insolidaria y locura -Antón Dolores sonrió, un puntito irónico, y luego recuperó la gravedad habitual-. La ocultación de algo hecho para ser visto y admirado es indicio de simple demencia, de maldad en sí y perfectamente asumida.

El tejedor Mohamed Benlulú, a las últimas palabras

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

del anglo-irlandés Fitz Gerald, se había apartado algunos metros del grupo; para todos desapercibido, el padre del cuchillo le observó con atención. Entre dos altas palmeras, apoyado a un muro de tapial, iluminado sólo por la luz de la gran luna, ya alta en el cielo, el tejedor meditó unos diez minutos antes de volver a la reunión y tomar asiento al lado del padre del cuchillo.

Mientras los otros reunidos charlaban o escuchaban palabras de Antón Dolores, Lala Paki y Sidi Kid se habían retirado con otros chavales a donde tenían los instrumentos musicales y habían comenzado a templarlos para el concierto. Benlulú, ajeno a lo que se decía allí sobre las ciudades del gran palmeral del Mzab, susurraba palabras al oído del padre del cuchillo sobre la importancia de llegar de fuera, al parecer, de lejos, para tener cierta perspectiva frente a aquel posible mensaje peculiar encerrado en el palmeral, claridad y complejidad combinadas. Los naturales del lugar se veían constreñidos por la inmediatez y el hábito. Sólo alguien llegado de lejos, pero cercano o próximo en lo hondo, podía apuntar nuevas sugerencias a su interpretación. El padre del cuchillo escuchó atento al tejedor, ajenos ambos a lo que se decía a su alrededor en lenguas diversas y cambiantes que con frecuencia necesitaban traducción, y durante meses había de reflexionar sobre las palabras finales de Benlulú, dichas antes de que se levantara súbitamente y abandonara la reunión.
"Coordinar dos asuntos aquí es difícil. Coordinar tres, casi imposible".

A los primeros acordes de la música del grupo jivi, aunque "música titigay o marica", que decía Lala Paki, Mohamed Benlulú había abandonado el lugar de la reunión, ya abarrotado de gente. No volvió hasta casi finalizado el concierto. Todos le vieron aparecer, por detrás del improvisado escenario, por el último recodo de la calle que conducía a lo alto de la ciudad de Gardaia, a lomos de la esbelta camella blanca que aquella noche regalaría a Antón Dolores, la camella blanca Bernabé.

9

Antón Dolores y el padre del cuchillo, mano a mano, sobre las cinco ciudades del palmeral ramificado del Mzab, con final de la II parte del trabajo de este amanuense fatigado

Este amanuense piensa que bien pudiera haber sido en aquella reunión multitudinaria de la luna llena de junio, última de la primavera,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y a la que asistía Fitz Gerald, el solitario anglo-irlandés habitante del gran palmeral del Mzab, cuando todos descubrieron que las palabras de Antón Dolores tenían una particular significación, por lo clarificadoras de un sentir muy generalizado. Pero pudo ser en otra ocasión o, tal vez, en ningún momento preciso y sí a lo largo de todo aquel tiempo. Lo que sí está claro es que fue al final de aquella sesión de música cuando Antón Dolores recibió como regalo a la camella Bernabé.

Bernabé fue el nombre que le dio Antón, desde el primer momento, a aquel bello e inteligente animal. Su nombre, en principio, no había sido aquel sino otro que incluyera las consonantes be, erre, ene, be, además de una hache aspirada final muy posiblemente; tal vez alguno que pudiera significar "pozo del colmillo" o "de la liebre" o "del conejo", lo que hubiera sido en verdad un nombre excéntrico para una camella, o, a lo mejor, otro que significara "hija del ganador". El caso es que Antón, oído el nombre que fuera o que le dijeran, lo tradujo sin más por Bernabé, y con ese nombre había de quedarse la camella blanca.

*

Hay momentos en los que escribir puede ser un gozo y otros en los que puede convertirse en un sufrimiento. Momentos en los que contar lo que se desea contar es ejercicio saludable y liberador, y hasta puedes llegar a escribir un texto largo en una carcajada. Y momentos en los que lo narrado se le impone al narrador de tal manera que éste no puede zafarse de ello, obrar con libertad, y el ejercicio saludable se convierte en laborioso trabajo, tal si fuera un trabajo monográfico especializado o una tesis doctoral de las antiguas universidades... Es un momento delicado ese, que bien conocemos los amanuenses, y que hay que salvar con elegancia y decisión. El relato corre el peligro, entonces, de desbordar el recipiente, derramarse y anegarlo todo hasta el disparate y la confusión. Y el que escribe puede llegar a sufrir mucho por ello. Este amanuense piensa que son dos tipos de textos claramente reconocibles: aquel que, desde la plenitud, transmite ligereza y gozo, y aquel que, desde el sufrimiento de su gestación, transmite tensión y pesadez. Pero sucede también que sin los segundos difícilmente serían comprensibles los primeros, por ejemplo, que sin el momento bajo no podría comprenderse el álgido, sin la cuenca en torno no podría discurrir el río, sin un cauce adecuado no se podría alcanzar el mar. Tonterías, en fin, de amanuense cansado.

*

Y este fatigado amanuense piensa que fue allí también, en la hora de la distensión de aquella luna llena de junio del primer viaje al sur del sur de Antón Dolores, cuando éste pudo leer en la arquitectura de las cinco ciudades del oasis ramificado del Mzab la posibilidad de creación casi ilimitada del grupo, de los grupos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Exposición ésta que no hubiera sido posible sin el concurso
de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, y de los otros compañeros
de expedición. Hasta entonces los visitantes "extranjeros", los "turistas",
cada vez más numerosos, habían sido atraídos por aquel mensaje subliminal
de las cinco ciudades del oasis del gran palmeral ramificado;
muchos de ellos, además, como el propio Fitz Gerald,
habían ensayado explicaciones más o menos anecdóticas o esenciales,
pero la mayoría buscaba que alguien le explicase, que les ayudasen
a adentrarse en el "secreto"; y nadie, aunque muchos se habían esforzado,
habían conseguido hacerlo. Ni siquiera los habitantes de la ciudad,
como el propio tejedor Benlulú, anclados en la explicación tradicional,
heredada, en lenguaje antiguo, religioso aún...

--Tal vez ha sido la voz del almuédano la que, en los últimos siglos,
ha mantenido a todos equivocados, equivocado él mismo al creer lenguaje eterno
lo que era simple lenguaje de época y literario que un día
expresara con sabiduría un mensaje; pero que se había detenido en un tiempo
muy anterior -había dicho Antón Dolores un día, provocando las reticencias
de Mohamed Benlulú, que aún le conocía poco, tras escuchar la llamada
a la oración del almuédano de la mezquita de Gardaia.

Algo tan obvio resultaba, sin embargo, difícil de expresar.
Y era ese lenguaje religioso el que el "teólogo" Antón al fin
había creído posible desvelar. Su reflexión podía ser otro acercamiento más
a la gran síntesis.

Fijos sus ojos en la alta torre de la mezquita principal de Gardaia
que, imponente bajo la gran luna, presidía aquella reunión,
Antón Dolores habló con tono reposado.

--Es ese gigante vigía, de base cuadrada y redondeadas aristas,
aunque aún filosas, vigía de tantos que a sus pies aún se afanan
en conservar habitable este entorno rodeado de inhóspitas tierras casi deshabitadas,
casi humana torre que parece observarte cuando la observas, posible imagen,
casi ídolo y de ahí su irracional atracción, posible imagen de otras criaturas
gigantescas exteriores, de mensajeros o dioses, por llamarlos de alguna manera...
Según la antigua tradición, fue Sidi Beni Sguen quien, en lejanos tiempos,
incitó a los hombres a dejar las cuevas de lo alto de las colinas
que rodean el palmeral, Sidi Beni Sguen quien les convenció para construir
la ciudad que hoy, en su honor, lleva su nombre, el fundador.

Todos conocían la leyenda fundacional de una de las cinco ciudades del palmeral,
tal vez la primera o la más antigua, al pie de la colina desolada
en donde aún podían verse las cuevas que habitaran los hombres
antes de la construcción de la ciudad; y todos relacionaban a Sidi Beni Sguen
con la predicación de la más moderna religión llegada de oriente
y con la fundación de aquella primera ciudad que había de convertir
a los hombres cavernícolas en ciudadanos. Antón Dolores y Lauari Bujudmi
se mantuvieron las miradas mientras, al alimón,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y ante un grupo expectante, susurraban:

--Capacidad de vivir en inhóspito medio.

--Eso era...

--Casi sobrehumano acto de creación.

--...el mensaje.

--No había otro secreto.

--Tan simple.

--Los grupos deben organizarse.

--No hay otra salida.

--Y, al cambiar los tiempos, con renovada organización.

--Ahí está el secreto.

--Perfilar esa organización será la máxima de las operaciones.

--Saber cómo perfilarla, la gran iluminación.

--La nueva revelación.

Ya por entonces Lala Paki, Sidi Kid, Antonio SNP, Prófugo Tito y Chispas Aurora, con sus nuevos compañeros del palmeral, habían preparado los instrumentos y el sonido, la música, comenzó a adueñarse del grupo y de la noche, reina del aire. Y pronto volvió Mohamed Benlulú a lomos de la camella blanca Bernabé y todos le vieron aparecer tras el recodo de la calle o calleja que conducía a lo alto de la ciudad de Gardaia que la gran torre vigía dominaba.

Pero este amanuense interrumpe aquí sus evocaciones porque sabe que otro amanuense está preparando la narración en torno a la figura del "teólogo" Antón Dolores y no desea interferir.

Sólo desea concluir, pidiendo a la vez disculpas por las posibles reiteraciones que hubiera deseado evitar, con unas consideraciones generales ya apuntadas con anterioridad. Todos allí, gentes del palmeral y visitantes, intuían algo, esperaban el traductor en palabras simples del gran mensaje que encerraban cifrado los constructores de la ciudad a lo largo de los siglos, inscrito en los muros de la ciudad misma, en sus formas complejas y elementales al mismo tiempo. Y creyeron encontrar precisamente en aquel extranjero recién llegado, Antón Dolores, en su compañero Lauari Bujudmi y, a partir de aquella reunión de la noche de gran luna de junio,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en la camella blanca Bernabé, creyeron encontrar en ellos a ese traductor
misterioso y trinitario. Esa era la novedad que aportara Antón
con sus reflexiones en voz alta que el padre del cuchillo se esforzaba en traducir.
Su figura a lomos de la camella blanca Bernabé
contribuiría a magnificarle, a convertirlo en símbolo,
sin duda por atávica memoria colectiva, a hacer más comprensible,
más prestigioso, su tipo y su palabra, su -perdonen la pesantez- mensaje.

FINAL DE LA II PARTE
del trabajo de este amanuense fatigado

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Tres años transcurrieron de continuos viajes por el sur
de Antón y el padre del cuchillo. Lauari Bujudmi, cada pocos meses,
pasaba unas semanas en la casa del reloj de sol para coordinar los viajes
de los cada vez más numerosos visitantes, en su mayoría
"espías dobles/espías múltiples" en "viaje de huida".

De los compañeros primeros de aquella larga estancia en torno a Gardaia,
sólo Martín y Martina se asentaron definitivamente allí.

Antonio SNP acordó con el resto de sus compañeros de banda jivi
seguir al padre del cuchillo en todos sus desplazamientos
entre la costa y los oasis. Prófugo Tito, jefe indiscutible de la banda,
con Aurora, Lala Paki y Sidi Kid, a los que se unió
el tudesco Lobo Corredor Wólfram, volverían al norte para reanudar
su nomadeo por las islas y por la costa, comenzando por Siracusa,
en donde un concierto muy famoso fue el origen de la conexión
con grupos sicilianos de fértiles consecuencias. Tonino de Siracusa,
al frente de alguno de estos grupos, visitaría reiteradamente
a Martín y a Martina en las cinco ciudades del gran palmeral
ramificado del Mzab, la casa del tejedor Benlulú de Melika,
como la casa del reloj de sol de la ciudad de los vientos,
nuevo lugar de encuentros para la gente viajera.

Un león y una Fénix del capitán Mengano se fue convirtiendo,
a lo largo de aquellos tres años que duró la estancia del padre del cuchillo
en la región, en un verdadero correo entre las dos orillas del mar,
a la vez que el capitán veneciano cada vez más delegaba
sus funciones de mando marino en el diestro Halimo,
hijo ilustre de la Cueva del Agua,
en la memoria de todos aún hoy.

Pero este amanuense no quiere alargarse más en la evocación de aquellos tiempos tan antiguos e importantes para el futuro paraíso de las islas. Sólo desearía, si es que le quedan fuerzas, lo cual no está nada claro, narrar con sobriedad dos historias de amor peculiares como broche final de esta historia de la juventud del padre del cuchillo, o lo que haya sido este complejo relato: la historia de Sherico y Fatema Bujudmi y la llegada al sur de María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón. Lo intentaría hacer --si es que al fin se anima-- porque ambas historias, una de trágico final y la otra de gozosa continuación años después, muy bien pudieron influir en lo que se ha dado en llamar "doctrina del padre del cuchillo". Y, de momento, vale. Pues.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6